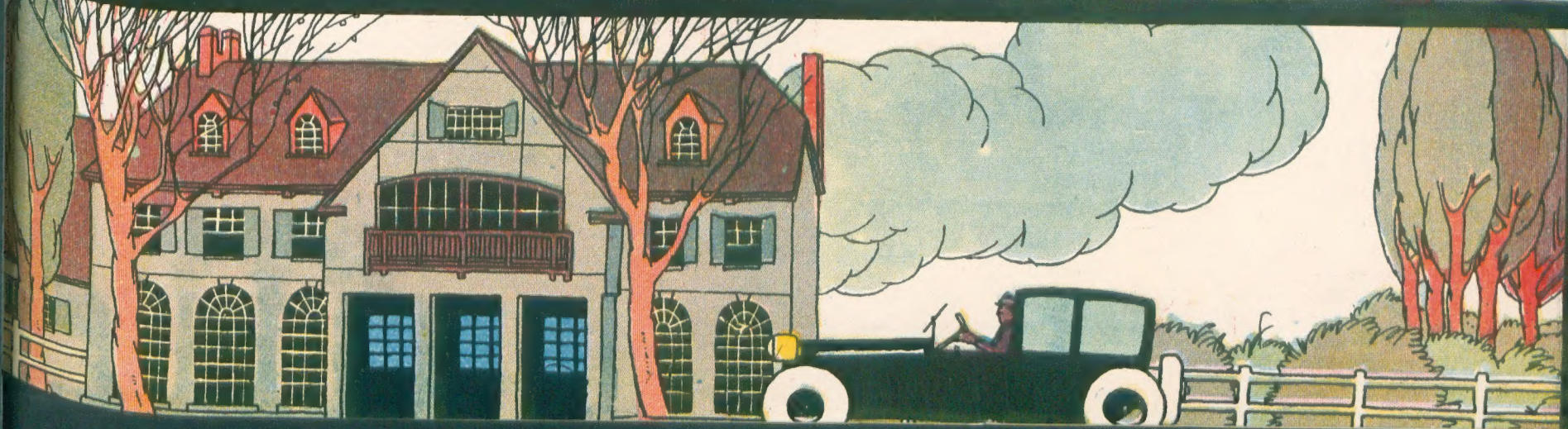
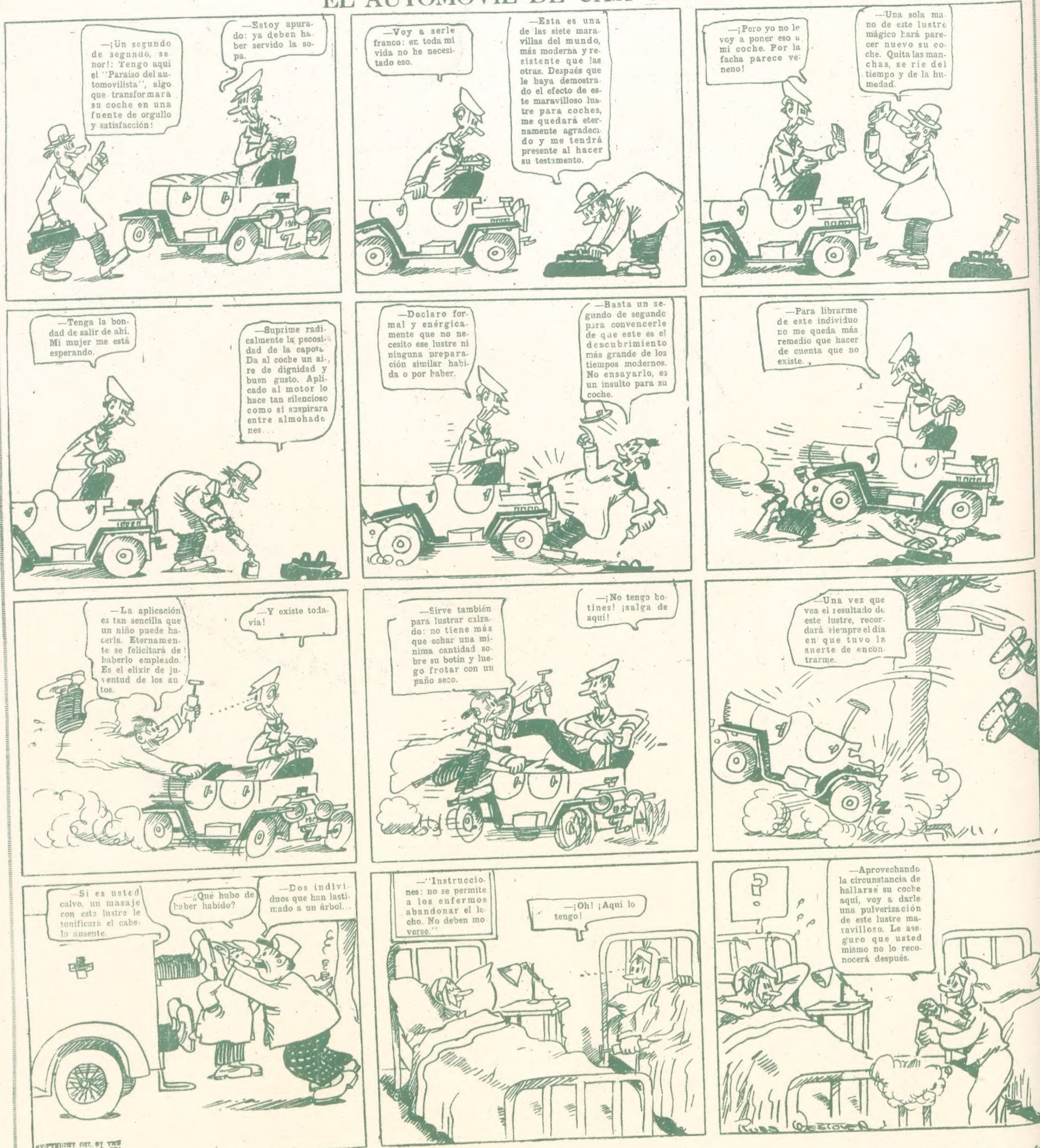


FRAY MOCHO



EL AUTOMÓVIL DE CASI CASI



De todo un poco

LOS DEDOS DE LA MANO

El pulgar es ese gordo tabernero flamenco, de humor chocarrero y pícaro, que fuma a la puerta bajo la tablilla que anuncia cerveza noble de marzo.

El índice es su mujer, marimacho seco como una merluza que desde la mañana abofetea a su criada, de quien está celosa, y acaricia la botella, de la que está enamorada.

El dedo de enmedio es su hijo, compañero devastado a hachazos, que sería soldado si no fuera cervicero, y caballero si no fuese hombre.

El dedo anular es su hija, desenvuelta y provocativa Zerbina, que vende encajes a las damas y sonrisas a los caballeros.

Y el meñique es el Benjamín de la familia, monigote llorón colgado siempre de la cintura de su madre como un gorro del garfio de una ogressa. —Aloysius Bertrand.

HABILIDAD

—El otro día, en el tranvía, el guarda me miró como si no hubiera pagado mi boleto.

—¡Y tú que hiciste!

—Lo miré como si lo hubiera pagado.

DOS TONOS

—Estos queridos...! Estos caros hijos! —exclama cariñosamente una madre en el momento en que vestía principescamente a sus hijos.

—Sí, los queridos; los caros, muy caros hijos! —suspiró con resignación el padre, que se hallaba presente.

¡ESOS SOMBREROS!...

El.—Este nuevo estilo de sombreros que ocultan la cara me parece muy cruel. ¡Imposible dar un beso!

Ella.—¡Oh! El mío es de una felpa muy suave. Se doblaría.

UN LIO CONYUGAL

—Me casé con una viuda que tenía una hija casadera. Mi padre, que venía a visitarme con frecuencia, se enamoró de mi hija política y se casó con ella, de modo que mi padre llegó a ser yerno mío y mi hija política mi madrastra, porque era la mujer de mi padre.

—Algún tiempo después, mi mujer tuvo un hijo que fué cuñado de mi padre, y al mismo tiempo mi tío porque era hermano de mi suegra. La mujer de mi padre, mi

hija política, tuvo también un hijo, que fué hermano y nieto mío porque era hijo de mi hija.

—Mi mujer era abuela mía, porque era madre de mi madrastra, y yo era marido y nieto de mi mujer; y como el marido de la abuela de una persona es abuelo de esta persona, ha resultado de estas peripecias que he llegado a ser mi propio abuelo. Por lo cual, horrorizado, he puesto fin a mis días.

¡QUE COINCIDENCIA!

—Entonces, hija mía, ese joven desea pedirme tu mano?

—Sí, papá.

—¿Sabes tu a cuánto asciende su fortuna?

—No... Pero qué extraña coincidencia...

—¿Qué quieres decir?

—Que él me ha hecho la misma pregunta respecto a tí.

FRAY MOCHO

Año VII

Buenos Aires, 14 de febrero de 1918

Núm. 303

Clemenceau Su juventud. — Un juramento. — Pésimo estudiante. — En los Estados Unidos. — Miss Plummer. — El 70. — La Comuna. — Treinta y tantos años de vida parlamentaria. — El derribador de gabinetes. — Periodista. — Política y romanticismo... — Cómo trabaja el gran estadista francés. — Sus duelos. — Rasgos de su personalidad.



JORGE CLEMENCEAU es de la Vendée: nació en Moulleron-en-Pared, el 28 de septiembre de 1841. La Vendée fué el último baluarte de los partidarios del rey en tiempos de la Revolución, y hoy todavía hay entre sus habitantes, famosos por sus sentimientos religiosos, muchos realistas tradicionales.

Pero Clemenceau heredó su radicalismo y su materialismo y, se diría, hasta su audacia en los "affaires" de amor. Su abuelo fué un revolucionario eminente en ese foco de sentimientos conservadores y huyó raptando a una joven, prometida de un noble de la región.

Su padre, médico de profesión, fué revolucionario y librepensador. Infiltró en el espíritu de su hijo el virus de la revolución y le dejó un ejemplo que había de influir en su vida. Jorge tenía poco más de diez años cuando, en vísperas del golpe de estado que estableció el Segundo Imperio, vió a su padre arrestado y llevado con esposas a la prisión. El niño murmuró a su padre el juramento de Aníbal:

—Te vengaré.

El padre repuso:

—Si quieres vengarme, trabaja.

A los diez y nueve años Jorge Clemenceau llegó a París, donde inmediatamente comenzó a estudiar medicina... y a conspirar. Con un grupo de amigos fraguó un movimiento revolucionario. Tenía en sus propias habitaciones una máquina de imprenta, de la cual salieron panfletos revolucionarios. A los veintidós años se hallaba detenido en la prisión de Mazas. Había sido condenado por breve tiempo, y al terminar la condena se trasladó a los Estados Unidos.

La madre de Jorge Clemenceau le consideraba como al hijo menos inteligente y de pobre porvenir. Cuando tenía diez y seis años su instrucción no era muy superior a la común de un niño de doce años. Sólo se distinguía por su conocimiento del inglés, idioma que había aprendido a fin de poder leer "Robinson Crusoe".

A los diez y siete años despertó de pronto en él esa energía dinámica que había de caracterizar toda su carrera. Se puso a leer incesantemente y devoraba libros, sin duda con provecho, pues le ayudaba una memoria extraordinaria. Consecuencia de esta aplicación intensiva fué la rapidez y brillantez con que cursó los estudios en la Escuela Superior de Nantes y en la Universidad de París, donde recibió su grado de doctor en 1865.

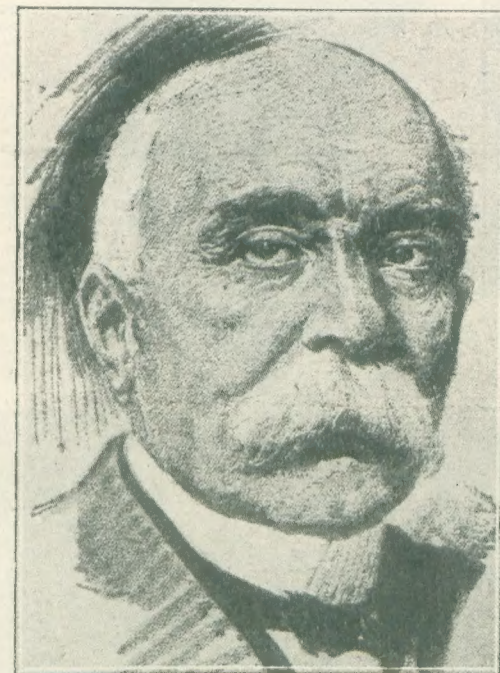
En una biblioteca norteamericana hay un pequeño libro titulado "De la generation des éléments anatomiques". En su primera página lleva esta inscripción manuscrita: "A la Biblioteca Astor, obsequio del autor, Nueva York, octubre 12 de 1867, Jorge Clemenceau". Fué este libro la tesis presentada por Clemenceau para obtener su título de doctor en medicina. Vivía en el año citado en la calle Décimasegunda Oeste, de Nueva York, y trataba de ganarse la vida como médico, pero poco después se trasladó a Stanford, en el Estado de Connecticut, con objeto de dedicarse a la enseñanza del francés en la Escuela para Señoritas, de Miss Aiken.

Tres días después de que el mayor de Nueva York celebró la ceremonia matrimonial que unía a Clemenceau con la señorita Plummer, ex alumna, él y su esposa se embarcaron con destino a Francia. Acababa de estallar la guerra franco-

prusiana. Apenas llegado a París fué elegido alcalde de Montmartre.

En París sentíanse ya los presagios de una nueva libertad, y Montmartre era el foco donde el descontento popular se manifestaba más hondo y más atrevido. El joven alcalde llegó a ser pronto el hombre más popular del distrito, que lo envía a la Asamblea Nacional.

Después del sitio de París vino la Comuna, que estalló en Montmartre. Allí habían quedado algunos cañones de la guardia nacional, y el presidente Thiers ordenó que fueran entregados al ejército regular. Para hacer cumplir esta orden envió algunas tropas al mando de los generales Clement Thomas y Lecomte, que se encontraron con una seria resistencia popular. Siguió un terrible combate en las calles, durante el cual la multitud asesinó a los dos generales. Fué el principio de la Comuna. La actitud de Clemenceau hacia la Comuna le hizo aparecer sospe-



Georges Clemenceau

choso ante el gobierno y ante sus electores.

Un miembro del consejo de guerra declaró que Clemenceau no había hecho lo posible para salvar la vida de los generales. Clemenceau lo desafió a duelo y le rompió una pierna de un balazo.

Más tarde, como consejero municipal, se distinguió por las mociones más audaces y enérgicas.

Montmartre lo eligió diputado en 1876.

Desde entonces y durante treinta años, hizo y deshizo ministerios. Por lo menos diez y seis jefes de gabinete cayeron bajo la terrible violencia de sus ataques, entre otros, Jules Ferry, Freycinet, De Broglie, Rouvier y Caillaux.

Le llamaron "el Tigre". Sus ataques eran fríos, certeros, implacables; poseía el don de resumir una situación en un epigrama, o aplicar un solo epíteto que, como una espada, atravesaba al adversario.

Desde que comenzó la presente guerra, Clemenceau ha sido el crítico más franco de los

errores de los gobiernos francés e inglés, y es sabido que en los actuales momentos, al frente del ministerio francés, se le considera el hombre capaz de responder a las necesidades nacionales con enérgica orientación y voluntad determinada.

Fué ya presidente del consejo de ministros, durante la presidencia de Fallières, en 1906. Apenas invitado a formar gobierno, tomó un coche y visitó a las personas que creía aptas para acompañarle en el gobierno, y cuarenta y dos horas después el nuevo gabinete estaba constituido.

La extraordinaria diversidad de su talento le ha permitido distinguirse simultáneamente en varias actividades intelectuales. Ha escrito libros sobre medicina, anatomía, ciencias sociales, viajes, etc. Su actuación como periodista es tan eminente como típica. Sin duda está en el recuerdo de todo el mundo las campañas que el valeroso anciano condujo recientemente desde las avanzadas de combate que fueron sus dos diarios "El hombre libre" y "El hombre encadenado".

Pero "el Tigre" ha tenido sus debilidades sentimentales. Después de treinta años de feliz vida matrimonial con la joven norteamericana que fué su discípula, sus relaciones con la señorita Riechenberg, de la Comedia Francesa, dieron pábulo a justificadas murmuraciones, que se acentuaron poco después con motivo de su "affaire" con Leonida Leblanc. Los detalles de esta aventura, que no deseamos explayar, presentarían a Clemenceau como a un atrevido y novelesco Tenorio... Más tarde sus excesivas atenciones para con una dama de la nobleza fueron tan flagrantes, que su esposa solicitó y obtuvo el divorcio...

Durante muchos años Clemenceau ha sufrido de dispepsia. Adoptó, para curarse, un extraño régimen de vida, que todavía practica, y al cual atribuye la agilidad de su cuerpo y la fuerza y claridad de su inteligencia, extraordinaria en una persona de su edad. Se levanta antes de salir el sol, toma una ducha, hace durante un rato ejercicios gimnásticos, trabaja en su huerta y luego escribe sus artículos periodísticos y estudia las cuestiones políticas del día. Todo esto por la mañana. Antes de ocupar el ministerio, dedicaba la tarde a sus obligaciones de senador. Recorría a pie, ida y vuelta, el largo trayecto de su casa al senado. Come frugalmente; su dieta se compone, sobre todo, de huevos. Tiene su día distribuido como las piezas de una máquina: cada cuarto de hora está destinado para tal o cual cosa y no hay minuto perdido. Ignora el descanso.

Clemenceau ha tenido muchos duelos. Algunos son famosos. Un periodista conocido se negó a saludarle. Clemenceau le desafió, y ya en el terreno declaró: "Sólo quiero obligarle a saludar". Hizo fuego, y el balazo volteó el sombrero de copa del adversario. En otra ocasión, un oficial del ejército se permitió una frase ofensiva para los civiles. Inmediatamente "el Tigre" lo retó a duelo, y al ir a verificarse éste, le dijo: "Por ser usted un oficial de Francia, no le mataré. Simplemente le romperé la pierna, más arriba de la rodilla: es menos peligroso que una herida más abajo". Y como lo dijo, lo hizo.

Estos no son más que unos pocos rasgos de la personalidad del primer ministro francés. Apenas nos hemos referido a su vida pública durante el último medio siglo: esta es tarea de historiadores...



La convención radical del 4 de febrero

Los candidatos a diputados nacionales



Doctor José P. Tamborini, de la guardia vieja del radicalismo, que obtuvo mayor número de sufragios en la convención del partido, pues fué elegido candidato por 96 votos. Debido al desplazamiento de su imponente volumen, que bien pudiera equipararse al de un cuerpo de ejército alemán, sus correligionarios y amigos le designan respetuosamente con el nombre de Von der Grosse Tamborini, halagando la marcada tendencia teutona de sus ideas.

Según se había anunciado anticipadamente, el lunes de la semana anterior se llevó a efecto, en el local del comité de la calle Suipacha 156, la convención de los delegados radicales designados para elegir los candidatos a diputados por la capital, que el partido sostendrá en los próximos comicios de marzo.



El doctor Alberto Benavidez, que ocupó la presidencia de la asamblea radical, dirigiendo la palabra a los convencionales en momentos de iniciarse el acto.

Desde antes de la hora fijada para la asamblea, se había estacionado frente al citado edificio un numeroso grupo de afiliados políticos, deseosos de presenciar el acto, los cuales no tardaron en manifestar ruidosamente el descontento que progresaba en las filas, cuando se impusieron de que les estaba prohibida la entrada al lugar de la reunión.

Los convencionales que iban llegando, conseguían abrirse paso entre la com-



Doctor Rogelio Araya, elegido candidato por 72 votos. La repleta galería de vistosos jacquets con que destaca su indumentaria (en la que se encuentran eliminados tejidos y sastres británicos) ha conseguido matar el punto a la de nuestro querido amigo, el doctor Dardo Corvalán y etcétera, ¡que no es poco!



Vista parcial de la sala donde se congregaron los convencionales del partido radical, con objeto de designar los candidatos a diputados nacionales que sostendrá dicha agrupación política en los comicios del próximo mes de marzo.



Doctor Tomás Le Bretón, elegido candidato por 57 sufragios. La pertinaz manía creadora de que ha tiempo padece, le ha valido entre cuantos le conocen el apodo de "Sempre novita". Cuenta en su haber una simpática iniciativa: la creación del balneario municipal y un mucho más simpático gesto: el haber sido uno de los pocos, ¡muy pocos!, diputados radicales que votaron en favor de la ruptura de relaciones con Alemania. Aliadófilo neto por donde lo miren, y a mucha honra.



Doctor Pío Zalduña (X), presidente del comité radical de la capital, acompañado de varios correligionarios la noche en que se verificó la asamblea, y un tanto amargado por el léxico grueso con que los partidarios estacionados en la calle apoyaban su derecho a entrar en la casa.

pacta muchedumbre, previo un accidentado pugilato, del que resultaban con el consiguiente detrimento de la solemne indumentaria cívica, y no pocas agresiones contundentes localizadas en los dominios de Juanete Callorda y Compañía.

A pesar de todo, los delegados continuaron afluyendo al comité, hasta que al fin quedó formado el cuerpo elector con un "quorum" de ciento doce convencionales, y entonces, el

resultado, y entonces se acordó emplear el forceps, con el cual fueron extraídos, medio asfixiados, el Dr. Francisco Beiró, con 68 votos y el Sr. Jacinto Fernández, con 56 sufragios. El dueño de casa, don Pío Zalduña, hizo los honores atendiendo a todos con exquisita amabilidad y corrección, no pudiendo menos de lamentar hondamente los desmanes e irreverencias de los "pajueranos", única nota que enturbió el acontecimiento.



Doctor Carlos A. Becú, candidato que obtuvo el segundo puesto en el escrutinio, donde se computaron 82 votos a su favor.

doctor Alberto Benavidez asumió la presidencia de la asamblea y abrió el acto pronunciando un discurso de circunstancias.

Como en esos momentos subía de tono el alboroto de los partidarios que gritaban desde la calle, nos fué imposible oír con claridad las palabras del señor presidente, pero, sin duda alguna, dijo, poco más o menos, algo como lo que sigue: "Correligionarios: lanzados en la integérrima labor reparadora nacional que nos hemos impuesto, y que triunfalmente llevamos adelante como avalancha depurativa que con potente impulso barre, cual deleznables briznas, las últimas impudencias de un régimen caótico y oprobioso, cuyos lamentables vestigios pudieron sostenerse hasta ahora, tenazmente atrincherados en la costra regresiva con que funestos sistemas gubernamentales cubrieron el territorio de la patria insensibilizándola con estratificaciones de depravación moral que el formidable empuje de nuestra piqueta regeneradora va, felizmente, demoliendo al calor de los grandes entusiasmos y virtudes cívicas que siempre nos animaron; lanzados en esa cruzada de justa reparación, repito, técanos continuar virilmente nuestra obra creadora, bajando a la liza con el ímpetu victorioso que las grandes reivindicaciones transmiten al espíritu de los hombres.

Siete bancas de diputados, señores, existen vacantes; es decir, que las filas combatientes esperan otros tantos guerreros. Ocupemos, pues, nosotros esos puestos de peligro y de sacrificio por la patria, y de paso, aceptemos a nuestro pesar la dieta con que están rentados, como una imposición de la realidad de la vida, que se complace enlazando lo prosaico a lo sublime."

Al llegar aquí arreció en violencia la algarazara promovida en la calle: imponentes aldabonazos, aun más que los que turbaron la cena del sacrilego Don Juan, retumbaron en la puerta de la casa, sonaron agudos silbidos, gritos hostiles y furiosos golpes, se oyeron claramente numerosos adjetivos demasiado calificativos, aplicóse la ley de residencia al eufemismo, y por una caprichosa asociación de ideas, nos dimos a pensar un momento en el asalto de la Bastilla.

Como el "pueblo quería saber de lo que se trataba", sin que le disuadieran varios intentos de discursos, cortados en el prólogo, con que algunos oradores quisieron apaciguar los ánimos, perorando desde los balcones del comité, la asamblea se vió obligada a tomar en cuenta la situación, acordándose, después de breves consideraciones, declarar secreta la reunión, y, a puertas cerradas, empezó el parto de la convención. Por las noticias que trascendían afuera, supose que el trance, iniciado con toda felicidad, se volvió difícil en los últimos períodos.

En el primer impulso salieron a luz los doctores José P. Tamborini, Carlos A. Becú, Andrés Ferreyra y Tomás A. Le Bretón, con 96, 82, 65 y 57 votos respectivamente. Como puede observarse, los dos primeros recién nacidos, ofrecían una constitución sana y robusta.

La puerpera continuó sus funciones maternales, y poco después, apareció el doctor Rogelio Araya, con jacquet y todo, por el que sufragaron 72 votantes. Siguió en la paciente un acceso sin



Doctor Francisco Beiró, ex presidente de la comisión de vecinos de la capital, que forma parte de la lista de los candidatos radicales, para cuyo puesto fué elegido por 68 votos en la cuarta elección de los convencionales.

Una Gran LIQUIDACIÓN de Calzado para Hombres

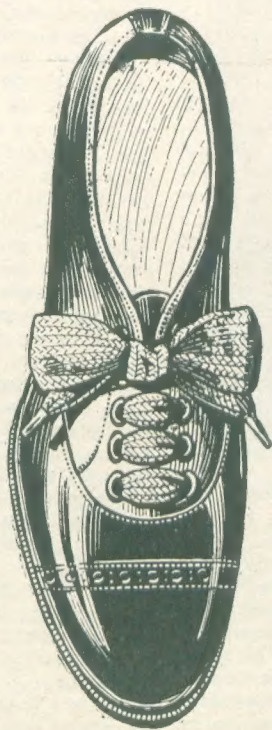


11.50

BOTINES

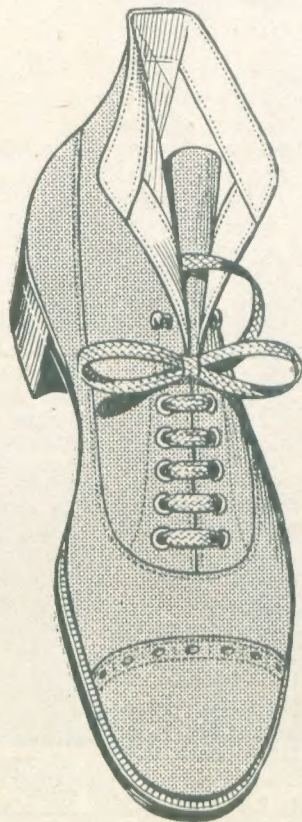
de cuero charolado, con cordones o botones, horma moderna, artículo de calidad superior, liquidamos el par al precio de. . \$ **11.50**

9.80



ZAPATOS

de cuero charolado, finísimos, elegante horma de gran moda, artículo de buena calidad, liquidamos el par al precio excepcional de \$ **9.80**



9.80

BOTINES

de box-calf negro, con cordones, horma elegante, artículo de mucha duración, liquidamos el par al precio excepcional de . . . \$ **9.80**

THE SOUTH AMERICAN STORES
Gath & Chaves Ltd

CASA CENTRAL: FLORIDA Y CANGALLO



¡Su niño enfermizo está estreñido! Mírele la lengua.

Si está inquieto, febril o bilioso,
dele Jarabe de Higos
"California."

No importa lo que el niño tenga, un laxante suave, pero eficaz, debe ser siempre el primer tratamiento administrado.

Si el pequeño está indispuerto, enfermizo, no descansa, no come o sus intestinos no funcionan bien, ¡fíjense, madres! a ver si la lengua del pequeño está sucia. Esto es evidentemente una señal de que el estómago, hígado e intestinos del niño están obstruidos con las heces. Cuando el niño esté mal humorado, irritado, febril, si tiene el estómago ácido, el aliento fétido, dolores de estómago, diarrea, mal de garganta, o resfriado, désele una cucharadita del Jarabe de Higos "California" y en pocas horas desaparecerán suavemente de sus pequeños intestinos todo el estreñimiento venenoso, la comida no digerida y las bilis ácidas, sin ocasionar retortijones, y el niño estará contento y bien otra vez.

Las madres pueden descansar después de dar este inofensivo "laxante de fruta" a sus hijos, pues limpia el hígado y los intestinos de los niños y afloja el estómago, y éstos lo encuentran muy agradable al paladar. Las direcciones completas para tomarlo, tanto para los niños de todas las edades como para adultos, vienen impresas en cada botella.

Cuidese que no le den otro Jarabe de Higos falsificado. Pida en la botica una botella del Jarabe de Higos "California" y fíjese que tenga el nombre de "California Fig Syrup Company".

El libro de Blaise

"El Libro de Blaise", de Felipe Monnier, es un libro que deja una impresión semejante a la del "Diario de un Niño", de Amicis. Esto es decir, que se siente como si se nos entrara en el corazón un pájaro blanco posado en un rayo de luna que comenzara por un gorjeo y luego cantara músicas profundas como las que componía Beethoven.

Es un libro de recuerdos de escuela, encantadores y rientes, pero bañados en esa melancolía que tiene todo lo que se mira a la hora del crepúsculo de la tarde. Entre ellos está el de Berton, un chiquillo hermano del Garçon de Amicis: Berton es grande. No tiene miedo de nada; ha estado lo menos en diez batallas, en una de las cuales quebró dos muelas a un compañero. Tiene las mejillas sonrosadas y las orejas separadas que mueve cuando quiere. Sabe escupir como los hombres, y no hay fruta silvestre, cuya pulpa guarde un granillo de azúcar, que su paladar no haya saboreado. Sus bíceps y sus muslos son de piedra. Es un picaruelo que hace con sus manos lo que se le antoja: se ha

hecho un kaleidoscopio, una pila eléctrica, un barco de tres mástiles con portas y cofas y tiene en proyecto una máquina de vapor. Es muy generoso: presta todo lo que tiene y lo olvida luego. Berton es franco, leal y no conoce el rencor. Blaise dice que cuando va por la calle con Berton, sintiendo el brazo de éste en torno de su cuello, piensa que así iría hasta el fin del mundo. A su lado nadie se fastidia; sabe muchas historias, enigmas, calemboures. Entre su caja hay de todo: cuerdas, una hachita, tornillos, un retrato de Garibaldi, una pequeña botella con jugo de regaliz. Los maestros lo aman aun cuando para el estudio no es una gran cosa, sobre todo para el latín: nunca ha podido comprender la diferencia entre el supino y el gerundio. Esto no impide que él desee ser un gran inventor. Jamás llora y es difícil irritarlo, pero cuando se enoja es terrible.

Blaise desearía ser el amigo íntimo de Berton.

Capítulo XXIV de "El Libro de Blaise"

De una cojita que era la novia de Berton

Traducción de Carmen Lira

Se llamaba Franceline. Cojeaba. Apoyada en su muletita iba por las tiendas y por los umbrales de las casas. No podía correr, jugar, girar en la ronda con las otras, ni atrapar entre sus manos las mariposas. Algunas veces, envuelta en su delantalito negro, se detenía ante una vitrina donde había una lámina, y miraba!... Era hija de una planchadora que vivía al final de una calle de la ciudad Alta. Esta era la novia de Berton.

¿Por qué capricho del misterioso destino, se habían unido estos dos seres? ¿Cómo Berton, divertido, brillante y vigoroso, había podido descubrir un encanto en esta niña oscura, hija de la sombra y del duelo? El alma humana es insondable y nadie penetrará nunca sus caminos.

Yo creía guardar a mi Berton como a mi cachillito de bolsillo. Sin embargo, Berton me era tan desconocido como un desierto. Un misterio llenaba su vida. Al igual del poeta Arvers, tenía su secreto. Y este secreto que guardaba tan celosamente como un estuche su joya, que él ocultaba, no por vergüenza, sino por una especie de pudor divino, conocido tal vez sólo por mí, era sobre su vida lo que un pedazo de cielo en lo alto de un muro.

Cuando me hablaba de ella—¡y cuántas veces lo hizo a partir de aquella tarde de antaño!—era después de ratos de conversación indiferente, en lugares solitarios del campo, y siempre entre dos silencios, como si hubiese querido aislar este asunto de los hechos vulgares. Cuando entraba en casa de ella, a la que quiso llevarme varias veces, se recogía y bajaba la voz instintivamente, como a la puerta de una iglesia. Cuando la miraba, se callaba para envolverla mejor en una mirada de admiración muda.

Linda, no era precisamente linda. Franceline no ofrecía nada de extraordinario; no tenía nada de provocante ni de notable. Su gracia era la de esas cosas borrosas que sólo remanean los taciturnos. Con sus cabellos alisados, su tinte diáfano y el brillo de sus grandes ojos color de myosotis, era una florecita sin tallo, de perfume casi imperceptible, una pequeña alma prendida del cuerpo apenas por un hilo. Sobre el gris de los días monótonos, se delineaba su perfil indeciso, como sobre la pared de un elusivo cubierto de hierba una virgen adolescente de un fresco prerrafaelista. A los ojos de Berton, ella aparecía incomparable.

—Sin duda, que Elsa—me decía él. Pero Franceline!

Y cuando medito en ello, pienso que tal vez porque era robusto, membrado y enérgico había escogido para amar a esta criatura enclenque y menuda; como era sano, franco y alegre, había sabido comprender la delicadeza enfermiza de ser débil y doliente. En su vida física, tan bien preparada para lo material, sólida y firmemente implantada en el suelo, ella era la revancha, quizás necesaria de la poesía y de la vida superior del espíritu. En su existencia dichosa, abierta al ambiente exterior, ella era la soberanía omnipotente del dolor.

Franceline y su madre habitaban en lo alto de la calle de la Gradería, dos piezas pobres y limpias. La casa existe todavía. Lleva el número 18. Desde la escalera sombría se ven los nobles Jardines de los Canónigos, de formas discretas cubiertos del polvo gris de los viejos "baldandriers" carcomidos. Sobre una puerta de nogal está grabada la inscripción siguiente: "Schmied, vestidos y capotes". Es allí.

Generalmente las dos mujeres estaban en la cocina; al lado de la cocina su alcoba, recinto infranqueable para los extraños.

Algunos utensilios de cobre reluciente, el enladrillado rojo, las planchas sobre la estufa, un jilguero en su jaula, un gajo florecido en un vaso, he aquí todo; y en torno, la sombra, la sombra delicada, la sombra distinguida, la sombra que suaviza y afina las almas y los contornos.

Las dos mujeres estaban protegidas por la sombra, al mismo tiempo que preservadas por el duelo. En ellas, por sobre ellas, algo había pasado. No se sabía qué. En su cuarto, me contó Berton, había un cofre de laca siempre cerrado con llave.

La madre planchaba, iba, venía por la cocina con un movimiento suave y apacible. Sentada junto a la ventana, en la poltrona de paja, delante del velador adornado con un tapiz de crochet, Franceline miraba láminas. Cantaba, soñaba, pensaba en cosas muy lejanas. Cada día más transparente, cada día más pensativa. Como ausente de este mundo, su alma se paseaba entre vergeles maravillosos. Sus ojos abiertos de par en par, contemplaban el más allá. Delante de ellos, las barreras se desplomaban y se abrían puertas espléndidas. Al alcance de su mano, estaba apoyada contra el muro la pequeña muletita de contera gastada. Berton entraba y se sentaba a su lado.

Apagando su alegría, comprimiendo su tumulto, purificando su lenguaje y castigando sus modales, Berton se mostraba dulce. Le traía de sus expediciones lo que encontraba de más raro y bonito: gencianas cortadas en la Garganta Grande, guijarros brillantes recogidos a los bordes del Ródano, un nido vacío descubierto en la cima de un álamo, un racimo de cerezas, zumo de regaliz, un escarabajo entre una caja. Fabricaba para ella, con sus dedos ingeniosos, jaulas, marcos de madera calada, marcadores de libros de hojas de encina, zampoñas con corteza de sauce. Le prestaba sus libros de aguinaldo; le contaba historias; le explicaba la distribución del vapor en la caja de la máquina de vapor y las pilas de carbón y cine. Le hablaba del colegio, de los maestros, de sus padres, de su tío de Buenos Aires. Un día puso un anillo a su muletita. Otro día le copió tres poesías en un librito de notas: "¡Oh! Padre a quien mi padre adora", "La Nevatilla" y "La Muerte de Juana de Arco".

La madre contemplaba las siluetas de los niños dibujadas en la ventan

Algunas veces Franceline sonreía. ¿Estás contenta, Franceline?

Franceline respondía:

—Sí, estoy contenta.

Entonces la madre removía con un gesto más vivo las brasas de su carbón. Las piezas blancas, las piezas caladas y bordadas que aderezaba para otras mujeres, se apilaban ligeras en la cesta de paja. El jilguero saltaba a otra percha. Una ventana se zerraba en el primer piso. A lo lejos, muy lejos, los obreros inclinados sobre el banco, limaban el hierro; los albañiles, de trajes descoloridos, se estacionaban delante de las puertas; las fuentes manaban; había mujeres que iban a la farmacia a comprar remedios.

Y en la intimidad de estas pobres gentes afinadas por la prueba y por la sombra, Berton solía pasar horas. Se escondía en esta compañía triste y limpia, como en un retiro dichoso. Se metía allí como en el escondite en que uno se instala para leer. ¿Por qué? Sin embargo, Franceline y su madre no le daban nada. ¡Ay! ¿Qué iban a darle ellas, pobres mujeres, de su vida de reclusas o de su apartador desprovisto? Era él, Berton, el hijo rico del burgués quien les llevaba todo: sus atenciones, sus asuntos, sus historias. Les hacía mil pequeños servicios. Las aconsejaba con su experiencia y su autoridad. Ayudaba a la madre a subir su cubo de agua. Arreglaba la muletita de Franceline. El era su única relación, el eco del vasto mundo que se desarrollaba en torno de ellas y del que no sabían nada. El era su providencia y su alegría. Y quizá era por esto que cerca de la ventana gris en donde Franceline le sonreía, Berton se encontraba más feliz que en otra parte.

Cuando Franceline clavada por la enfermedad de labor invisible guardó su muletita en el armario y tuvo que renunciar a ir a mirar ante los escaparates de las tiendas, Berton la amó más aún: la transportaba en sus brazos de fauno niño, leñale los crímenes de los diarios, siempre fiel, cada vez más solícito. Pero cuando en un día de abril en que sobre las tejas doradas las chimeneas tenían color de rosa, Franceline entregaba su alma al cielo, Berton no lloró.

No me habló más de ella ni permitió que yo le hablara. No se lamentaba nunca. Se mostró sencillamente, más indomable que de costumbre. Algunos años después se hizo un cínico. Hoy ha desaparecido.

Los otros dicen: ¿Recuerdas a Berton? Si había alguno tallado para la lucha era él. Sin embargo, mira, nada ha dado. ¿Se ignora el fin que ha tenido? ¿Existe siquiera?

Yo inclino la cabeza y no respondo. Ellos no saben que Berton ha sido golpeado en el corazón de su vida. No saben que Franceline murió. Con la muerte de Franceline se perdió para él la suprema razón, de ir, de ejutar, de amar, de creer, de servir. Sobre el muro, el trozo de cielo azul se había extinguido. Algunas veces, cuando llamado por mis negocios, a orillas del lago, descendo la Gradería, me acontece que subo la escalera del número diez y ocho y sueño de codos en la galería.

—¿A quién buscáis?—me gritó un día una voz brutal.

—A mis recuerdos, le dije; a Berton que ha vivido aquí y a Franceline que está muerta; a todo lo que ha sido y no es; a este enigma de nuestros destinos que parecen inscriptos de antemano, que se cumplen a pesar nuestro y hacen de nosotros, pobres seres efímeros, hermanos de un día en la debilidad y el dolor...

Felipe MONNIER.

Para tener mejillas
rosadas y sentirse fresco
como una margarita,
pruébese esto

Se dice que un vaso de agua
caliente con fosfato limes-
t. n., antes del des-
ayuno, elimina los
v-nenos.

Para ver el tinte sano de color vi-
vo en sus mejillas, para ver aclarar
más y más su piel, para despertar
sin dolores de cabeza ni de espalda,
sin lengua saburrosa ni mal aliento,
en fin, para sentirse mejor día entra
y día sale, ensaye justamente por una
semana el baño interno matinal.

Todos los días antes del desayuno
tome un vaso de agua caliente con
una cucharadita de fosfato limesto-
ne como un medio inofensivo de eli-
minar del estómago, el hígado, los
riñones y los intestinos las substan-
cias indigestas del día anterior, la bi-
lis ácida y las toxinas, y así limpiar,
suavizar y purificar el canal digesti-
vo antes de introducir más alimento
en el estómago. La acción del agua
caliente y el fosfato limestone sobre
el estómago vacío es fortificante de
modo maravilloso. Elimina todas las
fermentaciones ácidas, los gases y la
acidez y da un apetito espléndido pa-
ra el desayuno.

Un cuarto de libra de fosfato li-
mestone costará muy poco en la bo-
tica, pero es suficiente para demos-
trar que de la misma manera que el
agua caliente y el jabón, limpian,
suavizan y refrescan la piel, así el
agua caliente y el fosfato limestone
obran sobre la sangre y los órganos
internos. A las personas sujetas al
estreñimiento, ataques de bilis, ace-
día, punzadas reumáticas, así como
a los que tienen piel terrosa y cara
pálida, se les asegura que una semana
de baño interno hará que parezcan y
se sientan mejor en todo sentido.

Enfermedades de los Perros y La Manera de Alimentarlos



Un folleto instructivo
sobre la materia anterior,
será enviado gratis por
correo a cualquier dueño
de perro a solicitud. Edi-
ciones en inglés, español
o alemán.

H. CLAY GLOVER COMPANY
120 West 31st Street—New York, E. U. A.

Agencia de FRAY MOCHO
en MONTEVIDEO

MANUEL FONSECA

Calle Buenos Aires 722

El eucalipto

El eucalipto, a los 8 años, vale lo
que el pino a los 20. Si el eucalipto,
en lo que pudiéramos llamar su ado-
lescencia, alcanza ese valor, ¿cuál no
será el que tendrá a los 50 años, en
cuya época alcanza algo más de la
mitad de su desarrollo? Este dato de-
muestra ya elocuentemente la supe-
rioridad del eucalipto sobre el pino y
la conveniencia de propagar las plan-
taciones del primero.

Las dimensiones del árbol—los hay
que llegan a medir 97 metros de al-
tura—y las condiciones excepcionales
de su madera para resistir la hume-
dad, permiten utilizarlo ventajosa-
mente para postes de telégrafos. Esas
dimensiones permiten asimismo obte-
ner de cada eucalipto de diez años,
por término medio, una viga de 20 a
22 metros de longitud, y le hacen uti-
lísimo en la construcción de tejados de
edificios. Dada su elasticidad, tena-
cidad y duración extraordinarias, la
madera del eucalipto tiene también
un valor inestimable en la construc-
ción de carruajes.

La ebanistería, desde luego, puede
sacar un inmenso partido de dicha ma-
dera para sus obras, pues los muebles
construidos con ella tienen una soli-
dez extraordinaria.

Afirman algunos que el labrado de
la madera del eucalipto es sumamen-
te difícil, por ser de fibras muy lar-
gas y torcidas. Nada más lejos de la
verdad, porque, si bien es cierto que
es dura, es también de fibra fina,
compacta, prestándose, por lo tanto,
a un brillante pulimento. Lo que ocu-
rre es que esa madera no puede la-
brarse sino después de secada, a fin
de que aumente su dureza y compac-
tibilidad, que son los fundamentos de
su duración, para lo cual es preciso
que transcurran de cuatro a cinco
años desde la corta del árbol hasta su
entrada a los talleres para labrarlo.

Es incuestionable la buena calidad
del eucalipto en obras hidráulicas,
construcciones navales y pivotaje de
las minas, gracias a la incorruptibi-
lidad de su madera, que es también ina-
tacable por los insectos.

Todo el eucalipto es útil y sorpren-
dente. Es un poderoso desinfectante y
purificador del aire, y sus hojas, ra-
mas tiernas y raíces, poseen, según es
bien sabido, propiedades terapéuticas
que la farmacopea alemana sabe ex-
plotar muy bien, y, además, se em-
plean en la tintorería con éxito. Sus
cortezas tienen una potencia curtien-
te superior a la de las cortezas del
pino y de la encina, y a más de esto,
la fabricación de papel saca de ellas
gran partido, empleándolas en la pro-
ducción de papeles ordinarios, de em-
balaje, papel carbón y pastas, que la
industria moderna utiliza en infinidad
de formas y para diversos objetos.

En Australia se usa la corteza de
eucalipto en sustitución de las tejas,
y se asegura que se han hecho ensa-
yos satisfactorios para convertirla en
materia textil, apropiada para telas
toscas, sometiendo dicha materia a un
procedimiento análogo al empleado
con el cáñamo.

Pocos vegetales hay tan ricos en
aceites volátiles como el eucalipto, y
de allí que se preste a tantas aplica-
ciones industriales. Estos aceites esen-
ciales se emplean en perfumería, en



Original retrato de la ballarina Tórtola Valencia, que se encuentra actualmente en
Nueva York.

la fabricación de colores y barnices,
y se trata de utilizarlos, combinados
con aceite de olivo o de colza y con
alcohol, para aumentar considerable-
mente la potencia luminosa de estos
líquidos.

La hoja de eucalipto se emplea in-
dustrialmente en el curtido de pieles,
a las que dan un olor agradable, ma-
ceradas en alcohol. Destilando después
el líquido, rinde por residuo una resi-
na, la que, disuelta en conveniente
cantidad de alcohol, produce un buen
barniz utilizable en el barnizado de
los cueros.

Una provincia prusiana sin servicio obligatorio

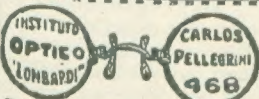
El hecho parece increíble. Y sin
embargo, en plena Prusia Oriental, en
las cercanías de Danzik, hay una co-
marca conocida con el nombre de tie-
rra de los Menonitas (Mennoniten-
land), donde el servicio militar obli-
gatorio, oficialmente no existe.

Y es que más de 10.000 batistas se
hallan allí reunidos, descendientes de
aquellos menonitas que antaño vinie-
ron de Holanda para secar y conver-

tir en Manuras fértiles las pantanosas
márgenes del Montlau. El "Mercure
de France", que refiere la historia de
esa extraña tribu protestante, dice que
sólo estaba sometida al impuesto de
defensa nacional (Wahrstener). En el
transcurso de las guerras del primer
Imperio, los menonitas facilitaron
grandes cantidades de dinero al go-
bierno prusiano. En cambio, los que
voluntariamente se alistaron en el
ejército, fueron excluidos de la comu-
nidad.

En 1868, un decreto ministerial au-
torizaba a los menonitas, en atención
a sus convicciones religiosas, a que
sólo sirviesen en el ejército como en-
fermeros, oficinistas o conductores de
convoyes. Los que no quisieron en
modo alguno tomar parte en la gue-
rra, ni siquiera en tan modestas con-
diciones, emigraron a los Estados Uni-
dos. En 1914, muchos jóvenes meno-
nitas partieron voluntariamente al
frente, donde ganaron la Cruz de Hie-
rro.

Esos menonitas prusianos no for-
man más que una débil parte de la co-
munidad menonita universal, que com-
prende unos 400 o 500.000 individuos.
Cerca de 70.000 viven en Rusia.



¿Tiene usted los ojos débiles?
¿Sufre de dolor de cabeza?

Pida una tarjeta en el Instituto Optico Lombardi y, COMPLETAMENTE GRATIS, será
examinado en consultorio particular, por un especialista de reconocida notoriedad.
Anteojos o lentes, oro reforzado, des-
de \$ 8.—
Lentes Ideal, oro reforzado \$ 10.—
Descuentos especiales para las recetas de Hospitales y Sociedades de Beneficencia.
Lentes Ideal, oro macizo, 14 kilates,
pesos. 15.—
Anteojos o lentes níquel fino \$ 5.—

KALISAY, es el mejor vino
quinado. Tónico
aperitivo agradable y sano recomendado
por los médicos.

Los reptiles como alimento

Además de las tortugas, que en todo el mundo son aceptadas para la alimentación humana, el profesor Reese, de la Universidad de Virginia Oeste, recomienda que se agregue a nuestra dieta a los aligadores y ciertos lagartos. Dice que las serpientes son también comestibles, pero no las tiene en cuenta al aconsejar el consumo de la carne de reptil, a causa de la universal repugnancia que existe contra ellas y de que, además de ser animales que no abundan, la poca carne que contienen sus cuerpos, no compensa el trabajo de cazarlas.

De las tortugas, la llamada tortuga verde que se encuentra en Jamaica y en las costas de la Florida, es la más importante como alimento. Se la ve frecuentemente en el mercado, acos-



El aligador.

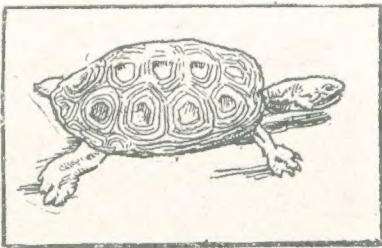
ta con las patas para arriba, no sólo porque con esta posición se evita que se escapen, sino también porque siendo animales de constitución adaptada a la vida en el agua, el mismo peso del animal cuando no se halla soportado por el agua, comprime los órganos internos hasta el punto de

ocasionar la sofocación y la muerte del animal.

Los huevos de la tortuga verde son más nutritivos que los de las gallinas.

La tortuga de carne más exquisita es la llamada "terrapin", de caparazón distribuido en dibujos semejantes a los de un diamante tallado. Es muy apreciada por los gostrónomos, que pagan altos precios por ella: una de siete pulgadas de largo y sólo cuatro libras de peso, suele valer unos seis pesos oro.

Las tortugas más comunes son las de caparazón blando, que en todos los países se hallan en los pantanos, entre el barro. Se las caza fácilmente me-



Tortuga de caparazón de diamante.

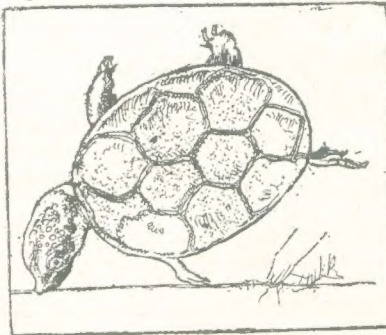
liante un anzuelo con un poco de carne.

Entre los lagartos, se aprecia como alimento a los de gran tamaño, las iguanas, por ejemplo, que pueden llegar a tener hasta cinco pies de largo. Dícese que su carne es de un sabor muy agradable, parecido a la del pollo.

Pero el profesor Reese recomienda, sobre todo como alimento, al aligador, que abunda en las costas de Florida. Opina que su carne es agradable y que parece participar de las cualidades de la carne de vaca y de la de pescado. A veces se le halla cierto sabor fuerte, almizclado, que se debe a que el animal no ha sido bien desollado.

Las aguas de la América tropical abundan en aligadores, cocodrilos y caimanes. Si su carne fuera tan buena

como la del aligador de la Florida, se podría pensar en su explotación y



La tortuga de los pantanos.

en introducir su carne en el mercado, fresca o conservada en latas y—agrega el profesor Reese—con otro nombre, que podría ser el de "carne de yacaré".

El acero

El acero que se emplea en la actualidad no es ya una simple mezcla de hierro y carbón laboriosamente mezclado: muchos otros metales son utilizados a objeto de hacerlo más sólido, o flexible, o resistente. Los principales son: níquel, manganeso, cromo, tungsteno, molibdeno, vanadio y sílica, y en casos especiales: titanio, uranio y zirconio.

El níquel es el que se emplea más comúnmente en proporciones que van desde el 1 ½ % hasta el 25 %.

El acero niquelado al 5 % se emplea mucho en la construcción de árboles de maquinaria, ejes y varas de pistón, pues resiste a los golpes repetidos o rítmicos, mejor que el acero ordinario. El acero con 12 % de níquel sirve para la construcción de ejes que deben soportar una fuerte fricción. El acero con 25 % de níquel es incorrosible; de aquí que se lo emplee en la fabricación de cuchillería fina.

El acero que contiene de 1 a 1 ½

por ciento de cromo es extremadamente duro y es utilizado para camisas de balas y proyectiles de artillería de calibre medio. Con níquel y cromo se integra el acero empleado para corazas de aeroplanos y de infantería.

Agregando manganeso al acero, se le hace durísimo y hasta cierto punto flexible. Con esta aleación fabricanse las piezas de maquinaria expuestas a excesivo trabajo, tales como los cambios de las vías férreas, las ruedas de los vagones de las minas, etc. Es tan duro que no puede trabajarse con herramientas comunes, de manera que hay que fundir las piezas y luego pulirlas en desgastadoras especiales.

Las herramientas más finas para trabajar metales son hechas con acero que contiene una pequeña cantidad de tungsteno.

Agregando de 1 a 15 % de molibdeno al acero que contiene de 0.2 a 0.8 de carbón, se aumenta su ductibilidad, su elasticidad y la resistencia a la ruptura.

Los rieles hechos con acero y titanio son de una duración increíble: de 100 a 300 veces más que la de los rieles de acero ordinario.

Un cuarto a uno por ciento de vanadio da al acero notables cualidades de resistencia a los choques y a las altas temperaturas. Las herramientas hechas de acero con vanadio no pierden su temple ni el filo aunque la fricción las lleve hasta la temperatura del rojo.

El interior de los grandes cañones alemanes y norteamericanos es de acero con cierta cantidad de uranio, que resiste a las más formidables explosiones.

El zirconio es un metal de costo demasiado elevado para que pueda ser empleado en la industria. Dícese que una plancha de acero con zirconio es más fuerte que una plancha del mejor acero Krupp, de un espesor tres veces mayor.

Obesidad

Curación radical

Único tratamiento científico. Aseguramos una disminución de 10 a 15 kilos por mes. Sin medicinas ni molestias para el enfermo. Aplicación de prueba, gratis.

Instituto de Fisioterapia

Av. de Mayo 1157 - Buenos Aires

Corte, y envíenos este cupón

Remita informes gratis sobre su tratamiento para la obesidad a:

B
V

H



COLEGIO CARLOS MARIA DE ALVEAR

Se avisa a los padres que deseen hacer iniciar los estudios a sus hijos este año, que soliciten prospectos con el objeto de conocer con tiempo las condiciones de ingreso, reservarles la plaza y matricularlos, tanto a pupilos como externos.

Las clases se abrirán el 1.º de Marzo, indefectiblemente, de acuerdo con el último decreto ministerial. Este Colegio, instalado con todo el confort moderno, posee un espacioso, cómodo e higiénico local inmejorable. Está incorporado a todos los años del Colegio Nacional. Su enseñanza primaria y secundaria a cargo de un cuerpo de profesores de reconocida competencia, es la clave de la eficacia de los exámenes que se rinden en el mismo Colegio.

BUENOS AIRES

SARMIENTO 865

U. T. 2859 Libertad

El hombre que riñe con los gatos

A falta de otra cosa, contamos una vez en nuestro periódico la aventura de un desgraciado que, según nuestro relato, para poner término a infernal estrépito de unos gatos enamorados, se había encaramado en camisa en el tejado, la noche del 31 de diciembre, provisto de zapatos viejos a guisa de proyectiles. Después de haber continuado la caza airadamente sobre siete u ocho tejados, el hombre se había resbalado por un tragaluz y había caído en una habitación desconocida, de la que escapó perseguido por un hombre espantado, teniendo que ocultarse tras una chimenea y esperar el alba tiritando, con el miedo de que la policía le descubriese y le deserrajase un tiro. El episodio era pura invención, y al héroe se le había dado un nombre cualquiera muy común: el de Smith; pero una semana después, entró en la redacción un anciano caballero, en cuya fisonomía se pintaba formidable ingenuidad. Se llamaba Smith, vivía en una casa como la descrita en el cuento, y venía a declarar que la anécdota era completamente falsa y extremadamente ofensiva para él.

—Cuide mucho, querido señor—le dijimos, mirándole friamente;—cuide mucho de cómo habla. Conocemos a fondo todas las circunstancias del hecho. Querría usted negar, acaso, que ha andado a zapatazos con aquellos gatos?

—¡Nunca! ¡Nunca!—exclamó Smith. En mi vida he estado sobre ningún tejado en camisa.

—Y nadie ha dicho que usted haya estado. ¿Quién diablos ha oído hablar nunca de tejados en camisa? Sería un tejado muy raro, por cierto.

—Quiero decir—replicó Smith—que no es verdad que yo haya saltado de la cama en camisa.

—Tampoco encontrará usted eso en el periódico. ¿Dónde hay camas en camisa?

—¡Pardiez!—objetó Smith. Lo que quiero decir es que nunca he pegado a los gatos en camisa.

—Y se comprende, querido señor. Y ¡ojalá no tenga usted que tratar con gatos en camisa, ni siquiera en pantalones!

—Pero, ¡por Dios!—imploró Smith, esforzándose por permanecer tranquilo.—Ustedes han escrito que yo he salido al tejado con mi camisa solamente para espantar a los gatos.

—Dispense usted. Nosotros no hemos dicho que usted se haya puesto la camisa solamente con ese objeto, ni menos nos hemos metido en si la camisa era o no suya. Por lo que sabemos de ella, podría ser hasta la camisa de Mahoma.

—Pero si, según ustedes, yo he puesto en fuga a los gatos con zapatos viejos...

—Nosotros no hemos hablado de gatos con zapatos.

—¡No quieren entenderme!—aulló Smith, exasperado.—Nunca jamás he tenido que hacer con gatos en los tejados, ni he tirado zapatos en camisa.

—¡Señor Smith, seamos formales!

Si puede usted indicar un párrafo del periódico en que se le acuse de poner camisas a los zapatos para tirarlas a los gatos, estamos prontos a escribir una apología de cuatro columnas, y además, cuando muera, le haremos un monumento. Usted no puede ser capaz de semejantes extravagancias... ¡Oh, no!

—¡Dios os maldiga!—rugió Smith! Yo os digo que todo el maldito relato de la caza gatuna y del tirar zapatos, y del quedarme en el tejado pegado a la chimenea para estar caliente es una calumnia descarada.

—¿Y para qué pegarse a la chimenea sino para calentarse?

—Yo no me he pegado a la chimenea. Yo no he visto acabar el año sobre el tejado, pegado a la chimenea.

—Pero vea usted, señor Smith, vea usted. ¿Cuándo hemos dicho nosotros que el año haya concluido sobre el tejado, pegado a la chimenea? Usted desvaría, señor Smith.

—¡Basta! ¡Lo veremos!—gritó Smith furibundo.—¡Yo no he tirado zapatos! ¡Nada es verdad! ¡Toda la noche he estado en la cama! ¡Quiero una rectificación... si, os acuso de libelistas! Os acuso, os acuso!

Y el pobre Smith salió frenético. Queriendo darle una especie de reparación, preparamos la rectificación siguiente:

“Para aquellos a quienes pueda interesar: Sepan todos por la presente declaración, que si se ha hecho alguna de las siguientes afirmaciones en estas columnas, la retractamos, y la declaramos inexacta: Que un hombre llamado Smith, y que vive en la calle X, tenga un tejado en camisa; que el llamado Smith tenga la rarísima costumbre de hacer frente a legiones enteras de gatos en camisa, y los desafíe y combata; que vista los zapatos con camisas; que haya visto al año último expirar adosado a una chimenea; que haya encontrado gatos en zapatos; que acostumbre tirar tragaluz por el aire; que se haya puesto la camisa propia para combatir a los gatos, o haya hecho otra cosa durante los últimos seis meses que dormir como un lirón, excepto una noche en que le pareció sentir ladrones en casa y mandó a su encuentro a su mujer, armada con el asador, mientras él se echaba a temblar y ponía las sábanas sobre la cabeza.

Mark TWAIN.

Los tres caballeros Leyenda del siglo XIV

La aurora con su luciente séquito de deslumbrantes fulgores, castigaba por la espalda con el látigo de sus rayos de oro a las sombras de la noche, que iban, atropellándose entre sí, a perderse en lo infinito.

El gallo de la alquería alzaba su canción matutina al viento; el pastor, con su rústica zampaña, llevaba al campo el rebaño entre los balidos de los corderos y de las tiernas ovejas, y el perro, guardián de la modesta choza, despertaba con sus ladridos a los escasos vecinos de la comarca.

Por la ancha senda que la cruzaba, jinetes en briosos corceles, tres caballeros de gentil apariencia, cubiertos de la pesada armadura, con las negras cabelleras flotando al viento y el penacho del yelmo estremeciéndose al soplo de la brisa, caracoleaban gallardos y apuestos al levante.

—¿Adónde iban?—En pos del amor y de la gloria... Galoparon largo trecho, y al dar vuelta un recodo, cuando ya el sol se había levantado sobre los altos picos de la enhiesta montaña, una dulce visión, una virgen pálida, de larga y abundosa crencha de oro lanzaba, desde el alto balcón de su casita blanca, rodeada de frescas lianas y de trepadoras enredaderas,—su armoniosa canción al dios de los amores inmortales.

Uno de los caballeros, herido por aquella visión encantadora, no pudo resistir a la atracción de aquella voz melodiosa, y rápidamente, saltando del arzón del noble corcel, se acercó a la virgen, le tendió la mano cubierta por el pesado guantelete y, dirigiéndose a sus amigos, les dijo:

—Adiós, compañeros, yo me quedo aquí.

El sol había llegado a la mitad de su carrera, y sus rayos de fuego caían a plomo sobre la arena de la ancha senda, quemando con su aliento de hoguera, los campos dilatados y las colinas floridas.

Los dos caballeros seguían al galope de sus caballos por la senda, flotando al viento sus rizadas cabelleras y el penacho del yelmo estremeciéndose al soplo del aire cálido, cuando allá, a lo lejos, perdidas entre el polvo de oro del sol, vieron las tiendas de un campamento.

El brillo de las lanzas, los reflejos de los escudos, la confusión de los soldados hirió su vista y su oído, y el relinchar de los corceles, ese ruido precursor de los ejércitos que se aprestan a la pelea cruenta y ruda, sedujo visiblemente a uno de los jinetes de rizados cabellos y de pesadas armaduras, y lanzándose al galope de su trotón de guerra, le gritó a su amigo:

—¡Adiós, compañero, yo me quedo aquí!

Caía la tarde, el sol trasponía los montes, y los valles iban sumiéndose en esa semioscuridad precursora de la noche.

Todo era calma y soledad. Era la hora en que el alma se reconcentra y se pierde en la dulce atracción de los recuerdos. Las montañas, como inmóviles gigantes de piedra, alzaban sus afilados picos al cielo y tomaban, entre la bruma que inundaba el espacio formas fantásticas y tétricas.

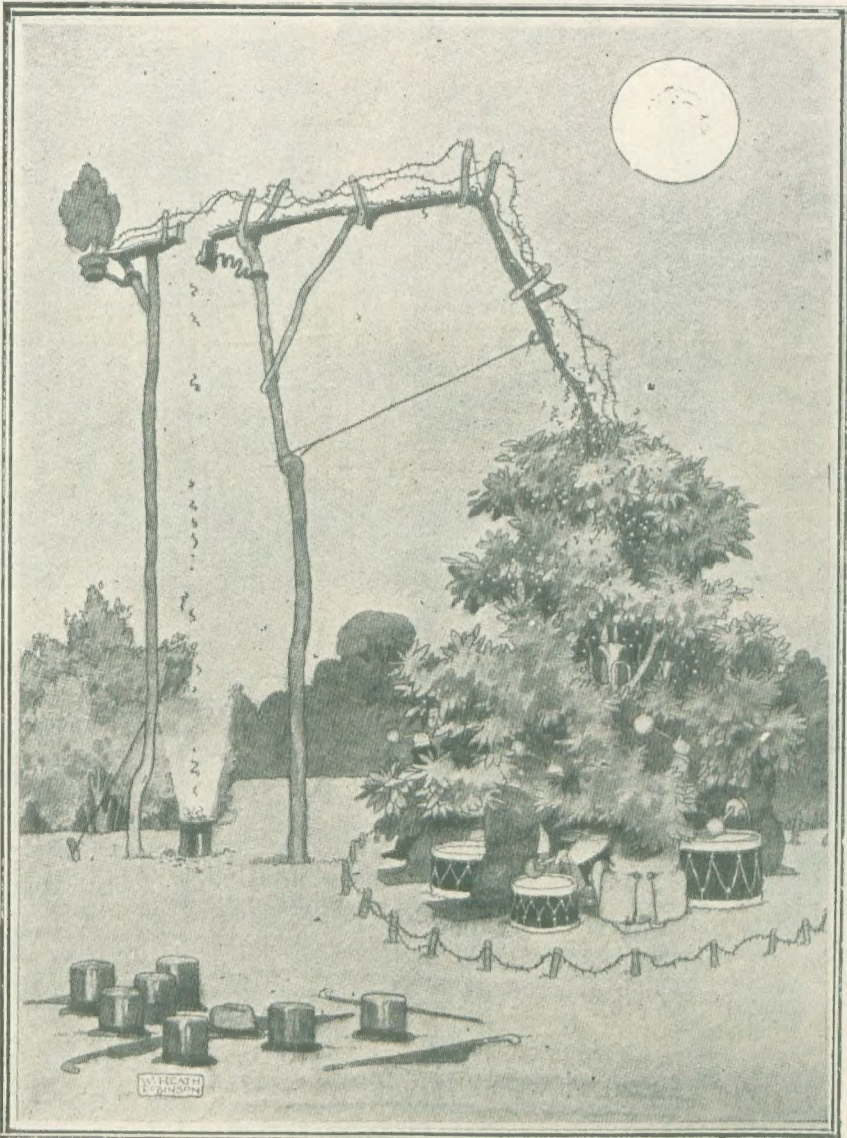
De vez en cuando el estridente grito de las aves carnívoras quebraba el aire con su lúgubre acento. El tercer caballero, sobre su trotón fatigado y sudoroso, había dejado caer las riendas en el cuello del noble bruto, que caminaba lentamente, paso a paso, como si algún secreto instinto le hiciera presentir horribles penas.

La negra y rizada cabellera del jinete ya no flotaba al viento en el ímpetu de la carrera, ni el penacho de su yelmo se estremecía al soplo de la brisa. Caminaba mustio y lánguido y la ancha senda se había transformado en un sendero estrecho y oscuro, casi impenetrable, erizado de zarzas y de espinos.

De súbito el trotón del tercer caballero detuvo su paso. Delante de él se levantaba imponente, negra, cubierta de grietas y de siniestras hendiduras, una pared sombría y misteriosa. Era la tumba inmensa de las ilusiones perdidas.

El caballero de la rizada y negra cabellera bajó de su corcel fatigado, colgó las bridas del tronco saliente de un árbol y dirigiéndose a la pared del cementerio, dijo a su caballo, su último amigo, que lanzaba un lúgubre relincho:

—¡Adiós, compañero, yo me quedo aquí!



Un plan para cazar gusanos luminosos que pueden sustituir a los fósforos.

Dib. de W. H. Robinson

Pablo DELLA COSTA.

MIS LECTURAS. - Treinta años después

II. — Jacopo Ortis

La tormentosa serenidad de sus páginas, al leerlas treinta años después, adquieren todo el primor y el encanto de las ilusiones que vagan, para alcanzar, en definitiva, aquella finalidad que orienta la vida y singulariza la existencia. Páginas de amor y de patriotismo, tienen el sabor arcaico con que la clásica sencillez corporiza los ideales que flotan con reflejos de luces en el espacio infinito. Se siente en ellas el vago rumor que aletea invisible, cuando la vida idealizada por el ensueño busca más allá de las formas sensibles la cándida realidad en la frente inmaculada de la virgen que se idolatra.

Suelo, una que otra vez, leer el pequeño libro para seguir el arco luminoso de ese espíritu lacerado por todas las angustias. Hora por hora anota los movimientos del alma que giran en torno del supremo dolor. Es sin duda el eco lejano constantemente renovado, mientras escribe esa página que Dante transforma en Beatriz, Petrarca en Laura y Shakespeare en Julieta. Sus amores con Teresa es el paréntesis que señala el último refugio en la curva de la vida. Perdida también esa esperanza, el sacrificio, conscientemente resuelto, se impone.

Livertá va cercando ch'è si cara,
Come sa chi per lei vita rifiuta.

Compré el pequeño opúsculo en días memorables para mí. Iniciaba mis estudios secundarios con la natural displicencia del fracaso, ocasionado por el libro inmortal de Cervantes, ruidosamente aclamado en un episodio estudiantil. El porvenir era incierto. Transcurrían melancólicas las horas, entremezclando las reminiscencias infantiles con los anhelos palpitantes de la adolescencia.

La gracia retozona de Sancho y la solemne hidalguía del Quijote no habían concretado en mi ideología la síntesis que justifica la afirmación psicológica del doble yo en la existencia humana. El yo que come, bebe y duerme, para pasearse con Sancho por el mundo, confundido con el otro yo que vuela despreocupado al cernirse en las regiones del espacio para trazar algunas veces, cuando acierta, el límite infranqueable que señalan las cumbres de la historia.

Mi romanticismo, hoy casi invisible en apariencia, era entonces exuberante. Me sentía triste y apocado en esos días. Sin perspectivas, las tinieblas me circundaban con todo el terror que infunden en las horas del desaliento. La lectura en esas condiciones, debía, por lo menos momentáneamente, identificarme con aquella idealidad subjetiva que enciende la llama que purifica y ennoblece la vida. De ahí la influencia moral que ha tenido en mi adolescencia esa lectura. Jacopo Ortis es la fuerza instintiva que mueve al hombre en la trayectoria ideal de su destino: "to be or not to be".

III. — José Manuel Estrada

Desfilaba la época de Rozas con todos los caracteres que dan relieve y exhiben la dictadura. Contenida la emoción, el profesor hablaba con elocuencia desconocida para el auditorio estudiantil.

"Allá en el fondo de sus negros horizontes—dijo al terminar—la magia de la conciencia le alterna cuadro de luz fosforescente, que vienen y van, vacilan y se estampan perseverantes y siempre nuevos: un viejo... es Maza: un niño... es Montenegro: una mujer... Camila... Dios le perdone!..."

Vibrante estalló el aplauso al conjuro mágico de aquella patética evocación. Declino el homenaje, murmuró sonriente y agradecido el profesor. Es una página de José Manuel Estrada.

Para mí ese nombre no me era familiar. De José Manuel Estrada había oído hablar una que otra vez en esas conversaciones que no tienen para la adolescencia un propósito concreto. Se mezclaba con reminiscencias en que alternaban las discusiones parlamentarias con las intolerancias religiosas, el matrimonio civil y la enseñanza laica.

Dos años después tengo nítida la impresión que me produjo aquel célebre día, en que la conciencia pública alcanzó las resonancias históricas que salvaron el decoro y el honor de la Nación. Con voz potente y ademán resuelto, José Manuel Estrada anunciaba su pensamiento, que el pueblo escucha, solemne y religioso, para estallar formidable al fin en tempestades de aplausos... "con mi notoria divisa de ciudadano católico". Espontáneo surge el recuerdo: "Allá al fondo de sus negros horizontes..."

Creyente fervoroso, orador eximio, escritor ilustre, maestro irremplazable, la obra de José Manuel Estrada se hallaba entonces flotando en el ambiente como la oriflama que señala a las huestes el triunfo presentado.

Cuando la piedad filial reunió las páginas de esa labor cielo-pea que aureola sus virtudes y ennoblece su vida, he podido valorar el significado moral del eminente ciudadano. Llegué tarde para ser su discípulo. Sólo pude alcanzar el concepto integral de su poderosa mentalidad, mediante la lectura siempre sugestiva de sus libros, que tienen la consistencia del granito y las resonancias del bronce. En esas páginas palpitantes de sinceridad y patriotismo se perfilan los entusiasmos vehementes del apóstol, cuya estatua labra la posteridad como símbolo que resplandece en el cielo siempre abierto de la historia. Fué un maestro. Es un maestro. Será un maestro.

José BIANCO.

Enero de 1918.

Donde hacen el amor las mujeres

Los indígenas de Nueva Guinea consideran impropio de su dignidad el prestar atención a las mujeres y mucho más hacerlas proposiciones matrimoniales, por consecuencia de lo cual son las mujeres quienes tienen que declararse.

Cuando una de aquellas bellezas negras se enamora de un hombre, envía un trozo de cuerda a su hermana, y si no tiene hermana a su madre o alguna otra parienta.

La dama que recibe la cuerda habla a su pariente de la pretendiente, pero jamás se entablan entre pretendiente y pretendido relaciones de noviazgo, porque los caballeros de Nueva Guinea consideran indigno de su importancia el perder el tiempo hablando. Si creen que les conviene el partido, se ven a solas con su pretendiente y deciden la boda o desechan el proyecto. En el primer caso se anuncia la boda y se marca a los prometidos con un carbón en la espalda.

Si el novio se arrepiente y se escapa le persiguen las amigas de la novia y le dan su merecido, y si se escapa la novia, el novio puede darle una paliza si la alcanza.



El sótano de la casa vacía

Un atentado contra los buques norteamericanos

—¿Qué haría usted, profesor Kennedy, si su novia desapareciera sin dejar rastro alguno?

Con esta pregunta el teniente Stanley Dillard, de la armada de los Estados Unidos, comenzó su sorprendente historia:

—He hecho todo lo que un hombre puede hacer para hallarla—prosiguió intensamente agitado.—Su madre está como enloquecida. El padre de Viva Gordon ha muerto y no tiene hermanos. Sólo yo, pues, debo ocuparme de este asunto... y es demasiado para mí. Oí hablar de usted y he pensado que podría ayudarme.

—¿Dice que no hay ningún rastro de ella?

—Yo, por lo menos, no he hallado ninguno. La última vez que se vió a Viva fué en el garage de Nicolás Lynar, hace dos días. Lynar tiene un taller de reparaciones de automóviles en una casa vieja en la orilla norte de la isla Staten. Viva es muy aficionada al automovilismo y posee un automóvil. Hace algunos días llevó su coche al taller de Lynar para que efectuaran algunas composuras.

—¿Se ha dado aviso a la policía?

—Sí, inmediatamente; pero ¿para qué? La policía no ha hecho nada. Se me dió a entender que el caso no es distinto del de tantas jóvenes que a diario desaparecen...

En ese instante sonó el teléfono y Kennedy acudió al llamado, pero en seguida hizo una seña a Dillard para que se acercara y le entregó el tubo del aparato.

—¿Quiéren hablar-me?—preguntó Dillard con evidente sorpresa.—¿a mí? A nadie dije que venía aquí.

Al atender el teléfono, su sorpresa creció hasta lo increíble. El desconocido que había llamado decía: "Digan al teniente Dillard que es un tonto y que será peor para él si no abandona la investigación."

—¿Quién puede haber sabido que estaba yo aquí?—prosiguió el teniente desconcertado.—Sin duda, me han seguido. Parece que en todo hay alguien que se me anticipa. Es como para volverse loco...

—¿Me ha dicho usted todo?—inquirió Kennedy.

—No—exclamó Dillard,—hay algo más e iba a decirselo. Usted ignora por cierto que me encuentro en la isla Staten designado por el gobierno para vigilar la construcción de diez transportes, buques de acero de cinco mil toneladas cada uno, que el gobierno ha encargado a los astilleros de la Compañía Americana. Y dos de esos buques en construcción—la noticia hasta ahora se mantiene secreta—han sido destruidos por una explosión en los mismos astilleros.

Calló un momento, observando el efecto de su declaración. Una rigurosa censura no había dejado llegar a los diarios la menor noticia de la catástrofe. Luego continuó:

—No es éste mi primer tropiezo en el desempeño de mis funciones. A poco de ser nombrado descubrí que algunas planchas de acero y piezas de fundición no correspondían al modelo determinado y eran defectuosas. No me fué posible establecer de quién era la culpa. Planteé seriamente el caso a Archer, el ingeniero de la compañía, y desde entonces las cosas marchan bien a este respecto. Estoy seguro de que Archer no me tiene simpatía, pero no le queda más remedio que cumplir con las condiciones de trabajo que le indico. Luego se presentaron dificultades con los obreros, por cuestión de horario y por cuestión de salarios. Esta vez me entendí en términos enérgicos con Rogers, el jefe del personal. Decidí seleccionar rigurosamente a los obreros. Todo parecía ir bien, cuando de pronto se produce la vo-

ladura de los buques. He dado cuenta al servicio de investigaciones, pero, al parecer, no ha hecho nada todavía...

—¿Cuándo ocurrió la primera explosión?

—El día antes de que Viva desapareciera y la segunda al día siguiente de la desaparición. No hallo ninguna explicación. Tal vez hayan colocado bombas, pero todos los obreros son elegidos y gente segura...

Hubo un rato de silencio. Kennedy meditaba profundamente. Por fin preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que está usted comprometido con miss Gordon?

—Sólo hace pocos días. La conocí hace varias semanas.

—¿Sabía algo de su ocupación?

—Todo. Viva es una joven excepcional. Fué su consejo lo que más de una vez me ayudó para resolver dificultades que ocurrían en los astilleros.

—¿Sabía algo de las explosiones?

—Sí; se lo dije confidencialmente.

—Y ¿quién es ese Lynar, del garage?

—Parece un individuo inteligente. He oído decir que ha inventado un nuevo torpedo aéreo que tiene la propiedad de estallar antes o después de penetrar en el blanco. Creo que ha ofrecido su invento al gobierno, pero no estoy seguro de ello. Es un sujeto

ladura de los buques. He dado cuenta al servicio de investigaciones, pero, al parecer, no ha hecho nada todavía...

Vino con su hermano muy poco antes de que yo fuera enviado aquí.

—Linda muchacha—observó Kennedy.

—Linda y popular por aquí. Habría que preguntárselo a Archer, el ingeniero, que parece haber sido herido por los bellos ojos de Laurel... Ella y su hermano poseen un auto que guardan en lo de Lynar y que casi siempre usa Laurel solamente por estar su hermano demasiado ocupado. Ya nos acercamos al taller de Lynar; verán que se trata de un tipo interesante, algo más que de un vulgar en cargado de garage. Tal vez puedan ustedes descubrir en él algo más que yo.

Lynar vivía en una pintoresca casa antigua, situada cerca de los astilleros, en la mitad de la cual había establecido el taller. La otra mitad estaba desocupada y un cartel anunciaba: "Se alquila".

Lynar era un individuo alto, delgado, nervioso, en cuyo rostro se reflejaba la ambición.

—Estoy tan ansioso como usted, teniente Dillard, en descubrir el paradero de la señorita Gordon. Allí está su automóvil que dejó listo para el día que debía venir a buscarlo. Ese día no vino; por lo menos, yo no la vi; es posible que haya venido en momentos en que yo no me encontraba en casa.

Kennedy expresó su deseo de visitar el sótano y Lynar nos condujo inmediatamente. Era un sótano pequeño, de dimensiones mucho menores que las de la casa. Lynar lo había alterado en parte para poder trabajar debajo de los automóviles en un piso más bajo. Examinamos el sótano detenidamente: el

piso, de cemento, parecía haber sido construido hacía largo tiempo y nada en él ni en las paredes permitía sospechar una alteración reciente. La otra parte de la casa estaba, como dije, desocupada; sin embargo, la visitamos, rincón por rincón, sin hallar indicio alguno de importancia.

Cuando volvimos al taller, Kennedy entró en conversación con Lynar:

—He oído decir que usted ha inventado un torpedo aéreo. ¿Tiene algún modelo?

—No — respondió Lynar, afectando no fiar importancia al asunto; — el modelo que tenía lo mandé al ministerio de guerra, en Washington, y de un momento a otro espero tener noticias de lo que el gobierno resuelva...; quizá usted ignora que aquí mismo han hecho tentativas para robarme el invento... Pero esto ya no es posible: tengo la documentación en forma.

En resumen, poco pudimos obtener de Lynar; aunque expansivo en apariencia, ni una sola palabra salió de sus labios que pudiera servirnos para aclarar el misterio de la desaparición de Viva. En cambio, debo confesarlo, nos despedimos de él abrigando desconfianza y sospechas.

Mediante la autoridad de Dillard nos fué posible visitar inmediatamente, que era lo que deseaba Kennedy, los astilleros en que habían ocurrido las explosiones. Los numerosos centinelas fueron advertidos para que se nos permitiera transitar libremente. Cruzamos los inmensos galpones donde multitudes de obreros fabricaban, bajo estricta dirección técnica, las delicadas piezas de las maquinarias de los nuevos buques. Dillard se detuvo delante de un joven a quien nos presentó.

—El señor Archer.

Era un hombre activo, alerta, diplomado en una famosa escuela técnica. Había en sus maneras cierta brusquedad en la que creímos ver el resentimiento que le causara la ingerencia de Dillard al venir a hacerse cargo del establecimiento en que él hasta entonces había sido jefe.

—¿Hay algo nuevo?—preguntó Dillard.

—¿De nuevo? ¿Sobre qué?—repuso el ingeniero.

—Sobre las explosiones.

—Nada.

Evidentemente, había entre ellos una marcada tirantez de relaciones. Se me ocurrió pensar en los celos, recordando lo que había oído acerca de los



callado que da la impresión de ocultar algo, de guardar celosamente un secreto, acaso el de su torpedo.

—Es posible—insinuó Kennedy—que haya alguna relación entre las explosiones y la desaparición de Viva Gordon.

Se convino en que visitaríamos el taller de Lynar, y pocos minutos después estábamos de camino en un automóvil. Al doblar una curva, en las cercanías del muelle, Dillard se inclinó saludando a una joven que caminaba apresuradamente a un lado del camino.

—Es Laurel Rogers — explicó, — la hermana del jefe del personal del establecimiento. Iba a menudo en compañía de Viva, en el automóvil de ésta.

Laurel Rogers era una joven indiscutiblemente bonita, cuya rica cabellera sombreaba armoniosa sus bellos ojos de un azul profundo.

—¿Sabe algo de Viva? — gritó, acercándose al auto que Dillard había detenido, esperándola. — ¿Nada todavía? ¡Es algo terrible lo que pasa!

Comprendí que conocía lo de las explosiones, lo que no era extraño, estando su hermano empleado en los astilleros. Algo más pude advertir: las miradas de Laurel indicaban que la joven tenía en Dillard un vivo interés afectuoso. Acaso intentaba conquistarlo, Dillard no parecía darse cuenta de ello.

Cuando nos despedimos de la joven y de nuevo nos pusimos en viaje, el teniente comenzó a hablar-nos de Laurel Rogers:

sentimientos de Archer hacia Laurel Rogers y el interés que ésta manifestaba por Dillard.

De los talleres pasamos a los astilleros, donde presenciamos, en las altas máquinas, los cascos en construcción y el hormiguerío de obreros, una escena de trabajo activo que nunca olvidaremos. Pronto dimos con Rogers, a quien Dillard buscaba. Al contrario de Archer, parecía poseído de un deseo de hablar con nosotros y de mostrarse locuaz.

—Hace un instante encontramos a su hermana—dijo Dillard, iniciando la conversación.

—¡Ah, sí! Yo mismo no la veo mucho. Uno tiene tanto trabajo...

Nos dimos vuelta al sentir unos pasos. Archer se nos acercaba. Evidentemente había hallado alguna excusa para seguirnos a los astilleros, y ahora, su interés contrastaba con su actitud previa. Acaso deseaba escuchar nuestra conversación con Rogers.

—Querría examinar el sitio de las explosiones—declaró Kennedy.

Acompañados por Archer y Rogers, los tres nos dirigimos hacia la hilera de vapores en construcción, y al acercarnos noté que cada uno de ellos estaba designado por un número. Los números uno y dos eran casi un montón de escombros.

Kennedy los recorrió en silencio. Finalmente observó:

—Esto ha sido el objeto de un atentado perfectamente organizado; aquí no hay accidente ni coincidencia.

—¡Oh, yo me apoderaré del criminal!—exclamó con vehemencia Dillard, cuando, ya de regreso, nos despedimos de Archer y de Rogers.—¡Me pasará la noche aquí, en los buques!

Una vez solos nosotros dos, Kennedy expresó su opinión de que debíamos establecernos en la misma localidad para estudiar el caso y recoger indicios. Al efecto, resolvimos instalarnos ese mismo día en una humilde casa de pensión situada precisamente frente al taller de Lynar. Salimos para comer, y al regresar, ya comenzada la noche, nos llamó vivamente la atención que el garage estuviera cerrado y no hubiese luz alguna. Cruzamos la calle y golpeamos la puerta. Después de un rato de espera, nos convencimos de que en la casa no había nadie. Por suerte, se acercó un muchacho de la vecindad, a quien Kennedy interrogó:

—¿Sabe dónde está el señor Lynar?

—No sé, señor. Le vi salir de la casa y oí que decía a una señorita, en un automóvil, que se veía obligado a salir por su asunto.

—¿Quién era esa señorita?

—No sé; una joven muy linda.

Nada más sabía, pero para nosotros era mucho: Nicolás Lynar desaparecía también. ¿Huía? ¿se ocultaba? ¿por qué?... La joven del automóvil era probablemente Laurel Rogers.

Nos trasladamos en seguida al hotel en que se alojaba Dillard. No estaba allí. Sin duda se encontraba en los astilleros, cumpliendo la promesa que en nuestra presencia había hecho. En el vestíbulo del hotel, en un casillero destinado a la correspondencia para los huéspedes, Kennedy advirtió un sobreito dirigido a Dillard. Lo tomó sin vacilar y lo abrió. Felizmente, el empleado, ocupado en escribir en su registro, no vio el gesto de Kennedy. La carta no contenía más que una línea, ante la cual mi amigo no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. Decía así:

“Esta noche no vaya a los astilleros.”

Nada más. No contenía firma. Kennedy murmuró:

—Letra de mujer...

—¿Era de Laurel Rogers?...

Ya era entrada la noche y no había tiempo que perder para aprovechar la advertencia que sin duda prevenía de un peligro. En el primer vehículo que encontramos nos trasladamos a los astilleros. Dimos la señal y los centinelas nos franquearon el paso. Corrimos hacia el lugar de los buques en construcción. Reinaba una profunda oscuridad.

—¡Dillard!—gritó Kennedy desesperadamente.—¡Dillard!

Nadie contestó. Kennedy sacó su revólver y disparó un tiro al aire. En la oscuridad, del lado de los buques, una sombra vaga se dirigía corriendo hacia nosotros. Y fué en ese instante cuando se oyó un formidable trueno, el retumbo de una explosión. La sombra que hacia nosotros corría, fué arrojada violentamente contra el suelo. Por el aire cruzaron astillas y fragmentos. Fué milagro que no nos hirieran. Los centinelas corrían de un lado a otro, dando gritos.

—¡Es el número tres!—exclamó Kennedy.

Acudimos en socorro del individuo que habíamos visto caer: era Dillard. Por suerte, no estaba herido.

—¡Vengan—exclamó en cuanto se puso de pie;—oí el tiro y pensé en un asalto en esta dirección. Tal vez se pueda descubrir algo todavía...

Nos dirigimos rápidamente al sitio de la explo-

sión. Otro buque había sido destruido y en la misma forma que los demás: en el mismo centro del casco presentaba un gran agujero semejante a un cráter. El espinazo de la quilla había sido barrido... ¡Un torpedó aéreo!... Entretanto, los reflectores de los astilleros proyectaban en vano en las cercanías sus haces de luz...

Pocas horas después, abandonamos a Dillard, casi enloquecido por la nueva catástrofe y el misterio total que la rodeaba.

—Lynar desaparece y ocurre otra explosión—observó Kennedy, mientras volvíamos a nuestro alojamiento.—Debemos vigilar ese garage. Las explosiones se producen con intervalos regulares de dos días. Mañana veremos... Yo iré a mi laboratorio; quédese usted en casa y vigile hasta mi vuelta.

Permanecí, pues, en vigilancia detrás de una ventana de nuestra casa de pensión, pero nada nuevo ocurrió hasta el regreso de Kennedy. Este volvió muy tarde, trayendo un pequeño paquete.

A la mañana siguiente, temprano, y con las mayores precauciones para no ser observado, Kennedy descendió al sótano de la casa de pensión y colocó allí, en el suelo, un aparatito extraño. Durante ho-



ras permaneció al lado del aparato, escuchando. Sin embargo, durante el transcurso del día no obtuvo de él lo que esperaba.

Entretanto, Lynar no aparecía; y en cuanto a Laurel Rogers, supimos que en las últimas horas había estado averiguando, con extraordinario interés, si se sabía algo de Viva. Esto nos decidió a ir a verla en su propia casa.

—¿Han hallado algo?—nos preguntó al vernos.

—Sólo esto—respondió Kennedy, tendiéndole la carta dirigida a Dillard.

La joven aparentó no reconocerla, pero Kennedy preguntó bruscamente:

—¿Usted escribió esta carta?

Por un segundo, una expresión de porfiada energía animó su rostro y creí que su respuesta sería una rotunda negativa. En cambio, con voz tranquila y firme, contestó:

—Sí; yo la escribí.

—¿Por qué la escribí? ¿Qué es lo que usted sabía?

—Nada. Sólo sospechaba algo. Eso es todo y no diré más.

Quizá su hermano o Archer, pensamos, le habían dicho el propósito de Dillard de pasar la noche en el astillero, y el interés de la joven por Dillard, si en verdad era sincero, la había impulsado a escribir a este último para advertirle del peligro. De otro modo, comprendimos que era inútil interrogar a Laurel. Por otra parte, en esos momentos nuestra presencia era más necesaria en nuestro puesto de observación si, como esperábamos, esa noche debía producirse otro atentado.

Los tres, Kennedy, Dillard y yo, estábamos poco después en el sótano de la casa de pensión, alumbrados por la débil luz de una lamparita de petróleo y conversando en voz baja, siempre atentos al menor ruido inusitado. Kennedy sostenía junto a sus oídos los tubos receptores de su aparato. De súbito, se inclinó hacia adelante y la expresión de su rostro se alteró:

—¡Oiga, Walter!, ¡oiga!

Tomé ambos cabos del aparato y me los llevé al oído. Se oía un ruido extraño, un rumor sordo que iba y venía, como si alguien, lejos, diera golpes rítmicos. Pasé los receptores a Dillard. A mi mirada interrogativa, Kennedy repuso:

—Es un “estetoscopio” de nuevo tipo. En la actualidad los usan mucho en las trincheras para descubrir las operaciones de los zapadores y minadores enemigos.

—Entonces, esos ruidos ¿son subterráneos?

—Exactamente. Hasta hace un par de horas sólo oía la trepidación de los automóviles y los carros, pero ahora, cesado el tráfico, logré percibir ese ruido particular que usted acaba de sentir. Debemos ir inmediatamente al garage de enfrente.

Cuando cruzábamos la calle, un automóvil surgió de la oscuridad a unos cincuenta metros de distancia, y se detuvo junto a nosotros. Laurel Rogers bajó de él. Evidentemente había estado vigilando nuestra casa.

—¿Qué hay?—tartamudeó.

—¡Reténgala atrás!—me ordenó en voz baja Kennedy, y se adelantó con Dillard.

De un empujón abrieron la puerta del garage. Kennedy penetró en la casa y, encendiendo las luces al pasar, corrió al sótano. Le seguí, tratando siempre de no permitir a Laurel que se adelantara. Mi amigo bajó los escalones y se detuvo sorprendido: el sótano estaba como de costumbre; ni una telaraña se había movido. Sacó entonces del bolsillo de su saco el pequeño estetoscopio, lo aplicó a la pared y escuchó de nuevo. Su mirada me indicó que oía el mismo ruido de un rato antes. ¿Qué podía ser? De pronto, como con una determinación fija, subió los escalones, cruzó el garage y en vez de dirigirse al fondo, forzó de un empujón la puerta que daba a la parte desocupada de la casa. Nosotros le seguimos. La luz de su lamparita eléctrica de bolsillo corrió de arriba abajo de las paredes, cuyo viejo empapelado caía a pedazos. En el revestimiento de madera se advertía una hendidura vertical. ¿Qué era? Kennedy se apoyó sobre el fragmento de maderamen limitado por la hendidura y el fragmento cedió: era una puerta. ¿Qué había detrás de esa puerta? Nos adelantamos en medio de la mayor oscuridad. Dillard quiso precipitarse, pero Kennedy lo contuvo. A la débil luz de su lamparita advertí una señal cuya que me indicaba que retuviera a Laurel. Luego, seguido de Dillard, penetró en ese hueco de tiniebla. Impulsivamente Laurel trató de correr hacia ellos: la tomé de la muñeca y le impedí moverse.

—¡Quieta y ni una palabra!

—Sí, sí; pero déjeme seguirles.

Entonces avanzamos a nuestra vez. Al llegar al pie de una escalera, Kennedy hizo girar la luz a su alrededor. Era un sótano, un sótano secreto que ocupaba todo el espacio debajo de la casa.

De pocos pasos llegaba un gemido débil.

Dillard corrió hacia una especie de puerta de un arcon, cerrada con candado. De un tirón arrancó candado y tablas. Me inclinó sobre su hombro y vi, tirada en el suelo, allí dentro, una forma humana.

Dillard dió un grito y se precipitó para levantar a Viva Gordon.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿cómo está aquí?

Una voz muy débil y doliente, un gemido, le respondió:

—Vine a buscar mi coche... vi a uno que entraba en la casa vacía... me acordé de la explosión... creí que el que entraba era sospechoso... me acerqué, me empujaron, me arrastraron aquí... Ha pasado por aquí... está allí ahora...

Nos volvimos en la dirección que Viva señalaba. Laurel se apoderó de la mano que señalaba:

—¡No, Viva, no! ¡por favor, no!

Kennedy se dirigió rápidamente al extremo opuesto del sótano y penetró resuelto en un oscuro pasadizo, una galería cuya extensión no era posible calcular pero que evidentemente se extendía en dirección a los astilleros. Acaso, pensé para mí, este túnel tiene ramificaciones, una para cada buque.

Del fondo de la galería llegaba un ruido sordo, siniestro. Alguien estaba allí. Me preparé a seguir a Kennedy. En ese momento sentí que otra persona bajaba por la escalera que acabábamos de descubrir. No me preocupé saber quien era. Allí quedaba Dillard. Por el momento quien necesitaba ayuda era Kennedy. Pero en ese mismo instante oí que dos forcejeaban en la oscuridad: Kennedy traía a alguien a la fuerza.

—¡Walter, luz!—me gritó.

Levanté del suelo la lamparilla y en ese movimiento la luz dió en la escalera: allí, de pie, inmóvil de sorpresa, se hallaba Nicolás Lynar.

—¿De dónde viene usted?—preguntó.

—Mi invento... aceptado por el gobierno... acabo de llegar de Washington... ¿Qué es esto?

Kennedy, aferrando a un individuo que se debatía furiosamente, estaba ya a la entrada de la galería donde logró derribar a su prisionero.

Laurel Rogers se precipitó a su encuentro y se arrojó al suelo, junto a su hermano postrado a quien había querido salvar. Ese era el traidor a su patria y a los aliados de su patria.

Arturo B. REEVE.

Nuestros pintores. -- Jorge Soto Acebal

Jorge Soto Acebal es uno de nuestros más jóvenes pintores. Pero no es un mérito ser joven si no se poseen ciertas condiciones que otros no consiguen ni aún en la edad madura. Soto Acebal las posee.

Como muchos, este pintor fué en sus primeros años de hombría inducido por un camino bien distinto a aquel a que estaba destinado. Su familia quiso hacerlo ingeniero, pero el teodolito no lo atraía. Desde su primera juventud este espíritu voló al mundo para volar por las más elevadas regiones del idealismo y de la fantasía sentía horror por las matemáticas.

Convencidos sus mayores de que el muchacho no serviría jamás para proyectar un puente de dos metros, transaron un tanto y lo autorizaron para que se hiciera arquitecto. Ya era algo esto. La arquitectura le abrió el camino a la decoración y de ésta a la pintura no había más que un paso. Y nuestro sujeto lo dio valientemente. Se fue a París, allí, en la prodigiosa urbe trabajó dos años como decorador al servicio de las más grandes casas y luego pasó a España.

Pintar... ¡Pintar! se decía Soto Acebal cuando veía desaparecer ante él las últimas casas de la "Ville lumière". Se instaló en España y allí pintó. Pintó como pudo, como supo, como sentía el arte pictórico. Luego pasó a Sevilla, la tierra de los claveles y de los azahares. Allí encontró a Gonzalo Bilbao, que conociera tiempo antes en Buenos Aires y en él tuvo Soto Acebal su primer y único maestro, la única paternidad artística que conoció. Dos años estuvo en España y luego retornó a su patria, hace tres años.

Llegó aquí hecho ya un pintor y un hombre, pues había vencido; había llegado a ser lo que tanto ambicionaba. Contra viento y marea se había hecho pintor, y aquí se puso a trabajar arduamente, con todo el fervor que le infundía su triunfo: como convencido de la necesidad de justificarse ante cuantos lo conocían, de demostrar que no se había equivocado al elegir carrera — si es que la pintura puede figurar entre las "carreras".

En la visita que le hicéramos en su "home" ricamente instalada en un sexto piso de la Avenida de Mayo, durante nuestra larga conversación Soto Acebal nos dijo que nunca había formado parte de jurado alguno y que tampoco había obtenido premio alguno. No podemos asegurarle; pero nos pareció que nuestro interlocutor experimentaba cierto placer al ha-

cer constar ambas circunstancias.

Jorge Soto Acebal es tal vez el más español de los pintores argentinos. En su ascendencia hay sangre hispana y en tierra hispana dio Soto Acebal sus primeros pasos por la senda del arte, del para él verdadero arte. Así en sus telas vemos vigor y vida; colores cálidos; mejillas palidas, como tocadas por la pasión, miradas profundas que llegan desde el fondo de ojeras violáceas, cabelleras negras como la endrina, bocas rosas sedientas de amor, narices albricias de pasión; manos de marfil vivo.

Así como fué un valiente



Con Huergo, su compañero de garçoniére.



En la labor.

en la vida, Soto Acebal es valiente en la pintura. Llegó tal vez por una juvenil vanidad, atizó lo más difícil: la acuarela. Trabajó tesoneramente, sin desmayar ante los inconvenientes ni ante los fracasos y hoy ha llegado a dominar casi absolutamente esa engorrosa especialidad. Soto Acebal es posiblemente en la actualidad el mejor acuarelista argentino. Su "retrato" expuesto en el último salón anual es una acabada prueba del dominio que posee en la pintura al agua. Inmensa mayoría de los entendidos indicaban este cuadro como el llamado a obtener el premio. Pero no fué así.

Mucho más podría decirse aún de este joven pintor que es realmente una verdadera promesa para el arte nacional, pero la exiguidad del espacio exige ser breve, tanto que apenas decimos una décima parte de lo que se debería decir de él.

Oscar de MARIA.

Carta de • Monteagudo a San Martín

La próxima llegada de la "Sarmiento" conduciendo a su bordo los restos mortales de Monteagudo, presta interesante actualidad a la carta inédita que el secretario del general San Martín dirigiera al Libertador, y que a continuación transcribimos:

"Exemo. Sr. D. José de San Martín. Nuacho y Ju nio 25 de 1821. Mi amado general y amigo: Esta mañana vine aquí solo por formar alguna idea aproximada del estado de las cosas, en la suposición de que el ejército se embarcaba. Son las 6 de la tarde y acabamos de saber por un parte de Ransel que se ha prorrogado el armisticio por 6 días más. Lo primero que me he acordado es de las proclamas que V. me mandó imprimir y circular con anticipación a Arenales y Villar: esto ya no tiene remedio: felizmente suspendi publicarlas a los pueblos hasta ver el resultado. Mañana, a las 12, estaré en Barranca y esperaré las últimas noticias. Entretanto hago cuanto puedo para proporcionar recursos y creo que no serán inútiles mis esfuerzos, como he indicado en mi anterior.

Carta de B. Monteagudo a D. José de San Martín

Monteagudo y San Martín 25 de Junio 1821

Mi amado J. de S. amigo

Esta mañana vine aquí solo

por formar alguna idea aproximada del estado de las cosas, en la suposición de que el Ejército se embarcaba

Cabecera del documento.

Espero que al fin no sean inútiles los esfuerzos de V. y que pronto tengan el éxito que V. desea. Me quedo y espero. D. B. Monteagudo

Final de la misiva.

Por extraordinario de ayer me avisa Tagle que los famosos Franco y Arbuliza han sido tomados y descubiertas sus intrigas: se ha visto en la necesidad de mandar a Pérez de Gobernador a Catamarca, por sospechas del que lo era. Mañana remitiré a V. los partes todos para su conocimiento.

Espero que al fin no sean inútiles los esfuerzos de V. y que ellos tengan el suceso que le desea su afectísimo y obligado amigo. — B. Monteagudo."

El curioso documento histórico cuyo texto acabamos de copiar, ha permanecido inédito, como indicamos al principio de estas líneas. El forma parte de la colección que se conserva en el valioso archivo perteneciente al diputado peruano, señor Jorge M. Corbacho, quien ha tenido la gentileza de facilitárnoslo.

Para hoy, sábado 9, fecha en que se escriben estas líneas, se halla anunciada la llegada de la "Sarmiento". El Poder Ejecutivo de la nación, ocupándose de la recepción de los restos de Monteagudo, ha decretado que se tributen a los despojos honores correspondientes a la categoría de ministro de estado.

El general José E. Uriburu, ha sido designado para presidir la comisión de jefes del ejército que recibirá los restos mortales.



El señor Delfor del Valle, director general de "La Epoca", incógnito diputado nacional y comandante en jefe de la campaña periodística iniciada pro triunfo del apostolado. —Blandiendo en la siniestra, con intención ídem, el martillo de los formidables empujes.

¡Meta y ponga!

Cada día que transcurre y que nos acerca al señalado para la jornada electoral, que se realizará en el próximo mes de marzo, infunde nuevos bríos a las huestes beligerantes y redobla los esfuerzos empeñados en la propaganda partidista. Ninguno de los contendientes se da tregua ni reposo en la labor preparatoria de sus respectivos elementos, o, como si dijéramos, en la operación de aguzar las armas que han de esgrimir en la contienda, y hay que convenir en que la importancia del caso, merece que así se haga. Son nada menos que diez puestos disponibles los que existen en los escaños de nuestro congreso nacional, y es muy lógico y más humano todavía, que los consabidos mil quinientos del ala, adicionados a cada diploma, a manera de goloso apéndice, hayan tenido el poder suficiente para exaltar las altas virtudes cívicas en los candidatos de todos los pelajes, y despertar en su espíritu los más hondos deseos de embutirse en las lujosas poltronas que aguardan a los futuros padres de la patria que les caiga



El secretario del Partido Socialista de la sección 7.ª, señor Martínez López, impartiendo órdenes a un destacamento de empujadores voluntarios, ya listos y equipados para operar en distintos puntos de su zona.

en suerte, para ofrecerles sus muelles suavidades destinadas a recibir aquellas partes de sus cuerpos, que salvas sean.

Se explica, pues, que la lucha sea ruda y sin cuartel, y no es de extrañar, por consiguiente, que los habitantes de Buenos Aires, hundidos en el "mare magnum" de encarnizados entusiasmos cívicos, giman aplastados bajo montañas de papel impreso, oleadas de materia aglutinante y chaparrones de verbosidad apologética, formidables entidades que constituyen el triunvirato, a cuyo tiránico imperio se hallan sometidos en la actualidad los dominios metropolitanos.

Días pasados conversábamos sobre la materia con nuestro excelente amigo don Cleto Polinomio, de cuya agradable compañía disfrutamos algunas horas, mientras realizábamos nuestra forzosa tarea ambulante. Es don Cleto un hombre inteligente, pero sin-

"Hoy está buena: dos sueltos contra 'La Nación', uno contra 'La Prensa' y otro contra 'La Vanguardia'. ¡Dele no más! A este paso va a entrar en turno hasta 'El Picaflor de Flores'."



Diputado nacional doctor Antonio de Tomaso, señor Sanz Hayes y otros periodistas, en la redacción de "La Lucha", diario de la tarde, recientemente aparecido, que sostiene la plataforma electoral presentada por el Partido Socialista.



Parte de la concurrencia que asistió al acto de concentración por el candidato a diputado doctor Rogelio Araya, quien, como era de esperar, no olvidó en su disertación el respeto a los gobiernos del "régimen".



Realidades tangibles...

calamidades de la propaganda política hay quienes resultan beneficiados. Ya lo dijo el refrán: "A río revuelto..."

—¿Y quiénes son los que pescan?

—Existen varios profesionales del anzuelo, que usufructúan el provecho de los enardecimientos cívicos. En primer lugar lo

citaremos los impresores, cuyas rotativas y minervas van plasmando diariamente, en millones de hojas de colorines gritones, todo el cascorio de la lamentable literatura inductiva, fraguada a escofo en camaradería partidista. Convendrá conmigo en que el valor del material bélico de esta clase, consumido durante un período electoral, no es punto despreciable, y a mucho más que las facturas del mencionado trabajo, si los señores

en cuenta el precio de los alevosos atentados que se ven obligados a estampar.

Después de este honesto y respetable gremio, sigue en orden de utilidades el de engrudo nacional. La intervención que corresponde a éstos es, igualmente, bastante comicial, no es menos importante y trascendente que la de sus colegas de las artes gráficas. En efecto: ¿qué suerte espera a un simple trozo de papel (salud, insigne Bothman-Hollweg), abandonado a la ventura, por más hondos pensamientos que lleve grabados? Ya se sabe cuál es su fin: perecer ignominiosamente. Pero interviene el engrudo, y con sólo cuatro golpes de brocha, manejada por una diestra mano, deja fuertemente adherida a la pared la palabra escrita, evitando la profanación que esperaba al cartel, huérfano de materia aglutinante. El engrudo, al darle permanencia, asegurándole larga vida, salva la idea, y en esto estriba la gran efecia de su conurso. Por ventura, ¿no existe todavía, aferrada a los muros de los edificios, la severa efigie de don Hipólito, y a retaguardia el ojo avizor de don Pelagio, que lo contempla desde antes del histórico plebiscito? ¿A qué se debe esta circunstancia, sino a la virtud del pegote? Entre los elementos adherentes de los diferentes partidos puede, pues, considerarse al engrudo como el más valioso

de todos ellos, sin excepción alguna.

Hay, además de los nombrados —prosiguió don Cleto—, otros comerciantes que también suelen realizar buenos negocios en épocas electorales: me refiero a los dueños de mueblerías. Sabido es que los noveles candidatos al cargo de diputado se someten a un riguroso entronamiento, por si la suerte les favorece en el escrutinio, llevar ya estudiados la actitud, el ademán y el gesto, a fin de no aparecer como pobres palominos atontados ante los colegas cancheros viejos. Los ejercicios se realizan con progresivo entusiasmo y llega un momento en que los interesados concluyen por sentirse poseídos de su papel tan a lo vivo, que apoyando con el puño un enérgico apóstrofe lanzado contra el espejo en que contemplan sus movimientos, mandan al cajón de los desperdicios la luna azogada, con el consiguiente detrimento de la mano agresora. Otros, encaramándose sobre mesas y sillas para observar mejor todas las líneas que ofrecen sus siluetas durante la acción oratoria, ponen punto final a las fogosas peroratas, bruscamente cortadas por el estruendo con que se derrumban las improvisadas tribunas, cuyas patas se rindieron al peso de una aplastadora elocuencia. Y, como es natural, todos estos desperfectos hay que repararlos con beneficio inmediato de los muebleros proveedores.

Tampoco hay que pasar por alto las utilidades que, aunque en menor escala, proporcionan las actividades electorales a ciertos in-

dividuos, de los cuales citaré los dos tipos más corrientes. Uno es el llamado "pegador".

—¿Propaganda a base de garrote?—preguntamos.

—No, señor; se trata sencillamente de los profesionales del parche, contratados para adherir carteles. El partido socialista cuenta con un cuerpo voluntario de estos operadores, que trabajan por amor a las ideas. En cambio, los radicales, los unitarios y los demócratas sienten cierta repugnancia a em-

badurnarse las manos, y encargar de esta misión a gente mercenaria, abonando dos pesos diarios a cada "pegador". La perfección de este trabajo, ya se sabe en qué consiste: con el menor número de brochazos, pegar la mayor cantidad de carteles, cuidando de superponerlos hábilmente sobre los de los bandos rivales.

El otro tipo a que me refiero, y que también cobra, es el "lenguaraz".

—¿Cómo? ¿Necesitan los comités, intérpretes indígenas?

—No, señor —respondió don Cleto, sonriendo—; aunque es ta ciudadano, que se alquila por horas, trabaja con la lengua, no es precisamente la traducción de idiomas lo que realiza; sus funciones se reducen simplemente a humedecer con aquel órgano el filete engomado de los sobres conteniendo circulares, cerrar éstos y depositarlos en el buzón del correo.

—¿Qué opina usted de los partidos que se disputan el triunfo?

—Que entre la polieromía de sus tendencias, la nota de color más "vivo" pertenece al titulado "socialistas internacionales". Estos caballeros, francamente teutónicos, han elaborado la más notable plataforma electoral, uno de cuyos versículos dice que la Argentina no debe romper en ningún caso las relaciones diplomáticas con Alemania; y en otro mandamiento establece que los ferrocarriles de nuestro país deben ser nacionalizados por el gobierno y explotados y administrados por los obreros y... Obes. Este partido, "a tiro hecho", que acaba de dejar la vida intrauterina, y de cuyo "soviet" es "lender" el compañero Penelón, no es muy exigente que digamos. Por sus conclusiones, parece algo así como una carabina alemana apuntando contra los ingleses. ¡Lástima que sea la de Ambrosio!

PROTEO.

Una reunión de miembros pertenecientes al Partido Socialista Internacional, flamante agrupación política de fabricación reciente, cuyo órgano oficial es "La Unión", y que ha resultado sumamente simpática a la legación alemana en Buenos Aires. Durante una de las frecuentes tertulias en que los afiliados suelen cambiar ideas e impresiones... por la rotación de las tésas.

Un grupo de afiliados al Partido Demócrata, escuchando en la esquina de las calles Pueyrredón y Córdoba, el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.



Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.



Un grupo de afiliados al Partido Demócrata, escuchando en la esquina de las calles Pueyrredón y Córdoba, el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

dividuos, de los cuales citaré los dos tipos más corrientes. Uno es el llamado "pegador".

—¿Propaganda a base de garrote?—preguntamos.

—No, señor; se trata sencillamente de los profesionales del parche, contratados para adherir carteles. El partido socialista cuenta con un cuerpo voluntario de estos operadores, que trabajan por amor a las ideas. En cambio, los radicales, los unitarios y los demócratas sienten cierta repugnancia a em-

badurnarse las manos, y encargar de esta misión a gente mercenaria, abonando dos pesos diarios a cada "pegador". La perfección de este trabajo, ya se sabe en qué consiste: con el menor número de brochazos, pegar la mayor cantidad de carteles, cuidando de superponerlos hábilmente sobre los de los bandos rivales.

El otro tipo a que me refiero, y que también cobra, es el "lenguaraz".

—¿Cómo? ¿Necesitan los comités, intérpretes indígenas?

—No, señor —respondió don Cleto, sonriendo—; aunque es ta ciudadano, que se alquila por horas, trabaja con la lengua, no es precisamente la traducción de idiomas lo que realiza; sus funciones se reducen simplemente a humedecer con aquel órgano el filete engomado de los sobres conteniendo circulares, cerrar éstos y depositarlos en el buzón del correo.

—¿Qué opina usted de los partidos que se disputan el triunfo?

—Que entre la polieromía de sus tendencias, la nota de color más "vivo" pertenece al titulado "socialistas internacionales". Estos caballeros, francamente teutónicos, han elaborado la más notable plataforma electoral, uno de cuyos versículos dice que la Argentina no debe romper en ningún caso las relaciones diplomáticas con Alemania; y en otro mandamiento establece que los ferrocarriles de nuestro país deben ser nacionalizados por el gobierno y explotados y administrados por los obreros y... Obes. Este partido, "a tiro hecho", que acaba de dejar la vida intrauterina, y de cuyo "soviet" es "lender" el compañero Penelón, no es muy exigente que digamos. Por sus conclusiones, parece algo así como una carabina alemana apuntando contra los ingleses. ¡Lástima que sea la de Ambrosio!

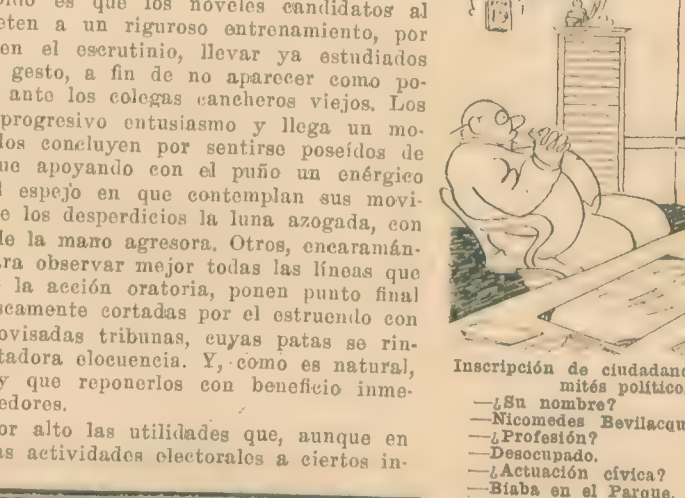
PROTEO.

Una reunión de miembros pertenecientes al Partido Socialista Internacional, flamante agrupación política de fabricación reciente, cuyo órgano oficial es "La Unión", y que ha resultado sumamente simpática a la legación alemana en Buenos Aires. Durante una de las frecuentes tertulias en que los afiliados suelen cambiar ideas e impresiones... por la rotación de las tésas.

Un grupo de afiliados al Partido Demócrata, escuchando en la esquina de las calles Pueyrredón y Córdoba, el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.



Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.



Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.



Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.



Realidades tangibles...

calamidades de la propaganda política hay quienes resultan beneficiados. Ya lo dijo el refrán: "A río revuelto..."

—¿Y quiénes son los que pescan?

—Existen varios profesionales del anzuelo, que usufructúan el provecho de los enardecimientos cívicos. En primer lugar lo

citaremos los impresores, cuyas rotativas y minervas van plasmando diariamente, en millones de hojas de colorines gritones, todo el cascorio de la lamentable literatura inductiva, fraguada a escofo en camaradería partidista. Convendrá conmigo en que el valor del material bélico de esta clase, consumido durante un período electoral, no es punto despreciable, y a mucho más que las facturas del mencionado trabajo, si los señores

en cuenta el precio de los alevosos atentados que se ven obligados a estampar.

Después de este honesto y respetable gremio, sigue en orden de utilidades el de engrudo nacional. La intervención que corresponde a éstos es, igualmente, bastante comicial, no es menos importante y trascendente que la de sus colegas de las artes gráficas. En efecto: ¿qué suerte espera a un simple trozo de papel (salud, insigne Bothman-Hollweg), abandonado a la ventura, por más hondos pensamientos que lleve grabados? Ya se sabe cuál es su fin: perecer ignominiosamente. Pero interviene el engrudo, y con sólo cuatro golpes de brocha, manejada por una diestra mano, deja fuertemente adherida a la pared la palabra escrita, evitando la profanación que esperaba al cartel, huérfano de materia aglutinante. El engrudo, al darle permanencia, asegurándole larga vida, salva la idea, y en esto estriba la gran efecia de su conurso. Por ventura, ¿no existe todavía, aferrada a los muros de los edificios, la severa efigie de don Hipólito, y a retaguardia el ojo avizor de don Pelagio, que lo contempla desde antes del histórico plebiscito? ¿A qué se debe esta circunstancia, sino a la virtud del pegote? Entre los elementos adherentes de los diferentes partidos puede, pues, considerarse al engrudo como el más valioso

de todos ellos, sin excepción alguna.

Hay, además de los nombrados —prosiguió don Cleto—, otros comerciantes que también suelen realizar buenos negocios en épocas electorales: me refiero a los dueños de mueblerías. Sabido es que los noveles candidatos al cargo de diputado se someten a un riguroso entronamiento, por si la suerte les favorece en el escrutinio, llevar ya estudiados la actitud, el ademán y el gesto, a fin de no aparecer como pobres palominos atontados ante los colegas cancheros viejos. Los ejercicios se realizan con progresivo entusiasmo y llega un momento en que los interesados concluyen por sentirse poseídos de su papel tan a lo vivo, que apoyando con el puño un enérgico apóstrofe lanzado contra el espejo en que contemplan sus movimientos, mandan al cajón de los desperdicios la luna azogada, con el consiguiente detrimento de la mano agresora. Otros, encaramándose sobre mesas y sillas para observar mejor todas las líneas que ofrecen sus siluetas durante la acción oratoria, ponen punto final a las fogosas peroratas, bruscamente cortadas por el estruendo con que se derrumban las improvisadas tribunas, cuyas patas se rindieron al peso de una aplastadora elocuencia. Y, como es natural, todos estos desperfectos hay que repararlos con beneficio inmediato de los muebleros proveedores.

Tampoco hay que pasar por alto las utilidades que, aunque en menor escala, proporcionan las actividades electorales a ciertos in-

dividuos, de los cuales citaré los dos tipos más corrientes. Uno es el llamado "pegador".

—¿Propaganda a base de garrote?—preguntamos.

—No, señor; se trata sencillamente de los profesionales del parche, contratados para adherir carteles. El partido socialista cuenta con un cuerpo voluntario de estos operadores, que trabajan por amor a las ideas. En cambio, los radicales, los unitarios y los demócratas sienten cierta repugnancia a em-

badurnarse las manos, y encargar de esta misión a gente mercenaria, abonando dos pesos diarios a cada "pegador". La perfección de este trabajo, ya se sabe en qué consiste: con el menor número de brochazos, pegar la mayor cantidad de carteles, cuidando de superponerlos hábilmente sobre los de los bandos rivales.

El otro tipo a que me refiero, y que también cobra, es el "lenguaraz".

—¿Cómo? ¿Necesitan los comités, intérpretes indígenas?

—No, señor —respondió don Cleto, sonriendo—; aunque es ta ciudadano, que se alquila por horas, trabaja con la lengua, no es precisamente la traducción de idiomas lo que realiza; sus funciones se reducen simplemente a humedecer con aquel órgano el filete engomado de los sobres conteniendo circulares, cerrar éstos y depositarlos en el buzón del correo.

—¿Qué opina usted de los partidos que se disputan el triunfo?

—Que entre la polieromía de sus tendencias, la nota de color más "vivo" pertenece al titulado "socialistas internacionales". Estos caballeros, francamente teutónicos, han elaborado la más notable plataforma electoral, uno de cuyos versículos dice que la Argentina no debe romper en ningún caso las relaciones diplomáticas con Alemania; y en otro mandamiento establece que los ferrocarriles de nuestro país deben ser nacionalizados por el gobierno y explotados y administrados por los obreros y... Obes. Este partido, "a tiro hecho", que acaba de dejar la vida intrauterina, y de cuyo "soviet" es "lender" el compañero Penelón, no es muy exigente que digamos. Por sus conclusiones, parece algo así como una carabina alemana apuntando contra los ingleses. ¡Lástima que sea la de Ambrosio!

PROTEO.

Una reunión de miembros pertenecientes al Partido Socialista Internacional, flamante agrupación política de fabricación reciente, cuyo órgano oficial es "La Unión", y que ha resultado sumamente simpática a la legación alemana en Buenos Aires. Durante una de las frecuentes tertulias en que los afiliados suelen cambiar ideas e impresiones... por la rotación de las tésas.

Un grupo de afiliados al Partido Demócrata, escuchando en la esquina de las calles Pueyrredón y Córdoba, el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

Un grupo de afiliados al Partido Socialista, escuchando el discurso pronunciado por el correligionario señor H. Correa.

La proclamación de los candidatos socialistas



La huelga general ferroviaria

Una vez más tenemos como asunto de palpitante actualidad la huelga ferroviaria que como mancha de aceite va extendiéndose y abarcando nuevas esferas de actividades—aquellas precisamente que son más necesarias en los momentos actuales y que en consecuencia pueden ocasionar con su paralización más hondos perjuicios a la economía nacional. Porque en los movimientos obreros últimamente producidos una sola tendencia ha sido claramente puesta de manifiesto: la de perjudicar al país en sus intereses más vitales. Esa anormal particularidad ha tenido la virtud de llevar a todos los espíritus sensatos el convencimiento de que no son precisamente obreros los que agitan el fantasma de la huelga, que no



Reunión de obreros ferroviarios, de nacionalidad italiana, realizada el viernes 8 del cte., donde el patriotismo de los concurrentes exteriorizó la tendencia contraria a la huelga, por considerar que ésta dificultaría el embarque de trigo para Italia.

En el Frontón Buenos Aires, durante el gran mitin realizado el 8 del cte. El diputado Antonio Zaccagnini haciendo uso de la palabra. Hablaron también los diputados Antonio de Tomaso, Mario Bravo, Angel M. Giménez y Nicolás Repetto.

es una mejora de las condiciones de trabajo y económica lo que realmente se persigue con esos pronunciamientos.

Todos sabemos hoy que estas revueltas que han llegado a ofrecer un límite sangriento son productos de los manejos alemanes. Detrás del obrero está la gorra teutona que lo maneja a mansalva como elemento de cómoda y eficaz ofensiva.

A estar a los rumores que circulan, la nueva huelga había producido la renuncia del ministro doctor Torallo, por haberse negado el doctor Ingoyen a suscribir el decreto que aquél le sometiera, declarando de utilidad pública los ferrocarriles.

Velada artística



Concurrencia asistente a la fiesta con que la sociedad espiritista Constancia festejó el día 8 del corriente el 41.º aniversario de su fundación

Los alemanes en la mesa



Un pueblo se pinta por su manera de comer. Ver a los alemanes en la mesa es hacerse una idea de su grosera avidez. Las líneas que siguen, escritas antes de la guerra, muestran lo que un estómago "boche" puede engullir. Juzgad por ello la prueba que la escasez resultante del bloqueo debe imponer a ese pueblo de glotonos!

Al principio de mi estada en Berlín se me ocurrió pintar un aspecto del castillo real visto desde un punto muy frecuentado, y, queriendo estar libre de los codazos de los mirones, resolví, como lo hacía a menudo, instalarme para pintar dentro de un carruaje cerrado.

Había observado repetidas veces un cochero grueso, que vestía una gran hopalanda galoneada y sombrero blanco que se estacionaba ordinariamente delante de la puerta de mi hotel. Sus ocurrencias y su buen humor hacían la felicidad del portero y de los numerosos "grooms" a que hacía blanco de sus bromas. Me dirigí, pues, a él, le confíé mi deseo y partimos al pequeño trote de su caballo. Una vez instalado en el sitio estratégico



que había ya elegido, me instalé tan confortablemente como me fué posible.

Después de haberse asegurado de que nada me faltaba, mi obeso cochero dió comienzo a su almuerzo, sacando del cofre de su coche un trozo de pan y chorizos, y yo pintando, y él comiendo, acodado en la portezuela, hicimos relación.

Guillermo Braumann (tal era el nombre y apellido de mi grueso auriga) podía deglutir como alimento más que veinte de mis conciudadanos reputados como poseedores de buen apetito. Durante las dos horas y media que permanecimos en nuestro estacionamiento, comió, no dulcemente y como lo hacen nuestros campesinos que pinchan en la punta del tenedor una miga de queso seguido de un bocado de pan, que mastican lentamente, como para hacer durar más el placer,

sino glotonamente, sin detenerse, haciendo desaparecer golpe tras golpe enormes trozos, sin interrumpirse más que para respirar, continuar la conversación y reiniciar la masticación con la misma voracidad.

Así vi salir del inagotable cofre y desaparecer simultáneamente, chorizos en cantidad, dos rábanos negros, una docena de papas cocidas frías, un incalculable desfile de rebanadas de pan con manteca de cerdo, de zanahorias crudas, un huevo duro que apenas tuve tiempo de ver, un plato de "choucroute" con un rosario de salchichas, pan blanco untado de mermelada, una o dos manzanas y tres pequeños quesos de Hanzer, que despedían tal tufillo que yo permanecí sofocado durante algunos minutos.

Tal abismo insondable me dejó es-



tupefacto. No pude menos que cumplimentar a mi hombre por su fenomenal apetito, lo que no dejé de extrañarle. A Dios gracias, se mantenía bien y le agradaba llenar juiciosamente el estómago; pero él no comía más que razonablemente, como correspondía a su condición modesta, obligado a economizar en su alimentación para poder ofrecerse cigarros y cerveza. Para demostrarme de que él comía tan poco como le era posible, me citó el ejemplo de su hijo mayor que podía fácilmente comerse un ganso de ocho o diez libras con todas las papas que lo rodeasen; su cuñado podía tragar sin pestañear un metro de gruesas salchichas, y un hombre que vivía en su mismo barrio hacía desaparecer nada menos que cincuenta chorizos sin experimentar incomodidad alguna...

Estos apetitos formidables, tales capacidades de gargantúas no causan extrañeza en el viajero más que en los primeros días. Beber y comer tie-



nen en Alemania un significado bien distinto al de los demás países. La calidad del bocado no es más que secundaria; sólo la enorme cantidad es lo que importa.

Alguna repugnancia que se experimenta al principio, desaparece después, pues uno se habitúa a esos excesos en el comer y en el beber, desde que es en todos los instantes la principal preocupación de todos los alemanes y de todas las alemanas. El espectáculo carece de atractivos: sumergen la nariz en la taza, los co-

dos sobre la mesa, masticando ruidosamente, chupeteando los cubiertos, metiendo los dedos en los platos y en las tazas y atrapando a puñetazos el extremo de la "côtelette" o el muslo del ave que tengan ante sí y muerden.



tiran y arrancan hasta que queda la menor partícula de carne adherida al hueso.

En cualquier sitio en que se esté, a la hora que sea, se halla siempre gente que come y bebe.

He vivido varios meses en Alemania, pero jamás he podido descubrir cuál era la hora de la comida, pues he visto comer siempre. Se come en los museos, en las casas de comercio, en los teatros, en las universidades, en los conciertos, en las estaciones y en los trenes. Los alemanes hacen de los viajes un pretexto para una interminable comida que comienza cuando el tren se pone en marcha y con-



cluye justamente en el punto en que finaliza el viaje.

El hábito del té a la tarde, común en los ingleses y que se está adoptando en Francia, no tiene aceptación en Alemania. Los alemanes hacen copiosas colaciones en las "Speisesaal" de los grandes almacenes o en las pastelerías denominadas "Conditorei". A las tres de la tarde toman asiento en torno de las pequeñas mesas de mármol y comienzan por el café con leche o por el chocolate, acompañándolo con enormes trozos de pastas bañadas en cremas batidas. Esto que no es más



que abrir el apetito, es seguido inmediatamente de sandwiches, caviar, pescado, camarones, huevos duros, etc., bañado todo con champagne, vinos finos o consommé con un huevo batido. Mientras tanto, todo esto no parece aplacar los formidables apetitos germanos, y así no es raro que llegados al fin, recomiencen por el chocolate o el café con leche, con tanto ardor como al principio. El extranjero no sabe allí si sentir horror o admiración por esos estómagos, que son verdaderos barriles sin fondo.

Los alemanes comen para llenar el vientre y digerir beatíficamente. Los "gourmets" son desconocidos y esta es tal vez la razón por que se come tan mal en Berlín.

Los restaurantes y hoteles no os sirven bañados en la misma salsa morena más que viandas detestables, frutas y legumbres mediocres, pescados poco recomendables y caza francamente mala. A veces se piensa que por una perversión del paladar y del gusto, se empeñan allí en preparar mal las comidas más simples: hasta los modestos "biftecks" os asquean, a tal punto son espesos, sanguinolentos, mal cocidos y cubiertos de cebolla.

Para comprender cuánto es el ho-



rror de la cocina alemana, es necesario sentarse a la mesa de un hogar burgués. El pan azucarado es estraga, son necesarios buenos esfuerzos para echar a la garganta algunas cucharadas de una sopa de cerveza, donde pavegan algunos macarrones. En Francia nos hemos divertido mucho con la liebre con confituras, pero esto es una maravilla si se compara con las combinaciones que inventan las amas de casas berlinesas.

En las mesas familiares se come como ogros; los convidados se hacen un deber en dejar los platos limpios y los dueños de casa en atosigar a sus invitados con montañas de vituallas. Nacimientos, casamientos, duelos, etcétera, no son para los alemanes más que motivo de comilona. Todos se ingenian por encontrar ocasión o pretexto para convidar a los amigos a pantagruélicas comidas, pues no es posible una recepción sin que se coma y se beba.

Carlos HUARD.

Página infantil



Cortar la página y pegarla sobre un cartón, para darle mayor consistencia. Recortar las figuras y unir las con un broche por los puntos negros; en esta forma, el muñeco tendrá movimiento en sus articulaciones y podrá adoptar distintas actitudes.

Tipos de la soldadesca de Rosas

El día 20 de junio de 1840, a las cuatro de la tarde, cabalgaban al moderado pasuco de dos petizones y peludos caballos criollos, por el camino del Bajo, en dirección a la Boca, dos jinetes, cuyos cuerpos desaparecían bajo gruesos ponchos de paño cenizoso. Por el gorro de lana colorado con que se cubrían la cabeza, el raído chiripá del mismo color, las botas de potro lustradas con barro, el corvo y ancho sable y la lanza,—un cuchillo de monte atado a la punta de una caña ta-cuara,—fácil se adivinaba que eran gente de Rosas.

Buen rato hacía que marchaban en silencio, chupando del chala baboseado, cuando uno de ellos, de ancha espalda, pelo negro y ensortijado, lleno el rostro de costurones, sofrenó su pingo malacara y dijo a su acompañante, un flacucho escuálido, de ojo verdino y juanete prominente, al mismo tiempo que señalaba con su mugriento índice los cargados nubarrones que enca-potaban el cielo por el sud:

—Agua.

Su compañero observó la tormenta que se acercaba velozmente, y rati-ficó:

—Agua.

—¡Vaya un día para patrullar!

—De perros.

—¿Qué te parece que nos fuéramos al boliche del gringo Tito?

—Vamos.

El boliche del gringo Tito era un sucio ventorrillo que se abría en la calle Patagones al llegar a la de Defensa, punto de cita de la baja estofa ro-sista.

Caían las primeras gotas de lluvia, cuando nuestros dos hombres se detuvieron frente al comercio. Entraron en el despacho, de bajo techo y piso zarriento, atestado de cuantos foragidos infestaban el bajo de la ciudad, y que lucían colorado en todas sus prendas, y se sentaron a una mesa de pino, descuajaringada, libre en el rincón más obscuro de la estancia.

—¡Caña!—gritó groseramente Fidel, el de las cicatrices.

—¡Y al trote, gringo basura! terminó Diego.

Este lenguaje, propio en el soldado del tirano, y el uniforme, decidieron al huésped, que, en un santiamén, llevó a la mesa una botella llena de caña y dos vasos anchos y chatos de ordinario vidrio.

—¡A la salud del Ilustre Restaurador de las Leyes, don Juan Manuel de Rosas!

—¡Salud!

Y bebieron. Bebieron; y daban las nueve y media de la noche, y aun continuaban sentados a la mesa, prendidos a la cuarta botella de caña, borrachos como una uva, sin fuerzas, ya, para llevar el vaso a los labios.

No quedaban en el boliche más clientes que Fidel y Daniel, y un joven rubio, vestido pobremente, pero, de rostro y manos delicadas, indicio seguro de que aquel vestuario no era el que convenía a su persona. El gringo Tito,—un napolitano perspicaz,—no había despegado su ojo de aquel extraño personaje, que hacía horas se apoyaba en la mesa, en que descansaba el vaso de vino que pidiera y no probara, sin hacer un gesto ni hablar una palabra.

Ya dos veces habíase acercado el interesado patrón a los soldados, diciéndoles con acento misterioso:

—¿Qué les parece el individuo ese?

Pero Fidel y Daniel se hallaban demasiado encariñados con la caña para entrar en sospechas de cosa alguna; por lo que el gringo Tito, que a todo

trance quería congraciarse con ellos, hubo de resignarse a descubrir en el forastero la señal del unitarismo que a vivo capricho antojábasele en él y que pudiese así justificarlo a los ojos de los "colorados".

Esta señal no se dió a esperar. El joven rubio había sacado de un bolsillo interior, un fino pañuelo de seda azul, que ataba en una de las esquinas un puñado de monedas de plata.

El gringo Tito corrió a la mesa de los federales.

—¡Eh! ¿no ven ustedes?

—¿Qué hay?—masculló Fidel.

El patrón, señalando el pañuelo del joven, contestó:

—Azul.

—¿Y?...

—Salvaje unitario.

La palabra unitario producía siempre un efecto especial en el ánimo de la gente del gobierno. Fidel y Daniel se miraron elocuentemente, y las miradas de fuego que cruzaron, concordaron dos análogas deliberaciones.

—¡Daniel!...

—¡Hermano!

—¿Sí?...

—Sí...

Y bastó. Fidel desnudó su facón, y con los ojos fuera de las órbitas, la nariz dilatada, la boca entreabierta, avanzó cautelosamente hasta el joven rubio, que, de espaldas a él, nada advertía. Cuando estuvo a distancia arrojó un grito de fiera, y cogiendo con la siniestra, por los suaves cabellos, la cabeza del desventurado, pasó el filo de su daga por el cuello que se abrió en ancho tajo, arrojando a borbotones la sangre caliente del infeliz, que elevó su alma a Dios sin una queja, sin una súplica... Cayó el cuerpo al suelo. El asesino limpió su arma en la ropa de la víctima, y haciendo una seña a su compañero, que había presenciado el degüello con manifestada alegría de su semblante:

—Pronto,—dijo.

Registraron la ropa del muerto, guardándose dinero y prendas de valor, que se repartían amigablemente.

Se retiraban ya, cuando el gringo Tito, que, francamente, no las tenía todas consigo, descubrió una carta que se asomaba de las ropas de la víctima. A la luz de la vela de sebo leyeron el texto: era una carta de recomendación para el portador, firmada por el coronel Salomón, presidente, entonces, de la Sociedad Popular Restauradora.

—¡Diablo!

El gringo Tito tembló de miedo. El tenía la culpa de aquel fatal error.

Trataba de disculparse, cuando Fidel, después de cambiar otra inteligente mirada con su cómplice, le dijo con lenta voz, pero de acento tético:

—No hay más... Por tu culpa hemos muerto a un compañero de nuestras filas.

—Yo creía...

—Y para que no nos castigue Dios vamos a hacer justicia.

Y, rápido, desnudó de nuevo el facón, y lo hundió tres veces hasta el mango, en el vientre del pobre gringo.

Media hora después, galopando bajo la gruesa lluvia por la calle de la Catedral, Fidel decía a su compañero, que parecía mustio:

—¿Qué te pasa?

—Nada...

—Te veo tan triston...

—Sí... Es que nos hemos olvidado de desvalijar al finao como lo hicimos con el otro...

—¡Es cierto!

—¡Qué lástima, hermano!

—Que lástima...

Lucio ARRAIZ.



La madre que niega el pecho a su hijo,

sobre todo en los dos primeros meses de su vida, y que lo somete desde su nacimiento a la lactancia artificial exclusiva, lo expone a mayores riesgos que los que corre un soldado en el campo de batalla. (Extracto del discurso del célebre especialista francés profesor doctor Variot, l'ecole de medicine de Paris.

Estas palabras del gran sabio francés significarían una condenación cruel para las muchas madres con una leche pobre o en cantidad insuficiente, si no tuvieran a mano un auxiliar infalible contra estas deficiencias. Felizmente lo tienen. Diariamente, 3 o 4 copas del extracto de malta

Malta PALERMO

El Extracto preferible a todos

8 a 10 semanas antes de dar a luz, no sólo aseguran una rica y sana leche en abundancia, sino que ayudarán además a la madre pasar por el penoso periodo de la lactancia sin fatiga y sin sufrir las consecuencias lamentables, como empobrecimiento de la sangre, debilidad en general, etcétera, etcétera. Los centenares de certificados del cuerpo médico argentino prueban de una manera irrefutable la eficacia de nuestro extracto y su superioridad sobre sus similares. (Pídanos el librito "El Fallo", le interesará).

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS ALMACENES

CERVECERÍA PALERMO, S. A

SANTA FE, 3253 - Buenos Aires

TELÉFONOS:

UNIÓN TELEFÓNICA, 110 y 114, Palermo
COOPERATIVA TELEFÓNICA, 5 y 28, Norte

Concesionario en el Uruguay:

JUAN MUSANTE, Uruguay 775, Montevideo



La cita

Recostada con voluptuosa indolencia en el fondo del cupé forrado en raso lila; con el sombrero de anchas y vaporosas alas aplastado contra la tela brillante y suave; el rico seno cubierto de camelias que se estremecen sobre la espuma del encaje, animado como una ola por secretas y deliciosas palpitaciones, el brazo enguantado hasta el codo, dejando ver un pedazo de carne blanca y terciopelosa entre la ajustada manga y la piel de Suecia de desmayado color, los grandes ojos perdidos en el lejano horizonte donde el sol se hunde envuelto en gosas de ilusión y tornasoles de gloria, Margarita va camino de Palermo arrastrada por la yunta de ligeros rusos que han hecho célebre el tren de la bella mundana.

Haciendo rápidos zig-zags, cruzan uno a uno ante el cristal biselado todos los coches que regresan del paseo, abriendo paso al de Margarita, que corta el torrente deslumbrador con una habilidad digna de la prosopopeya del cochero inglés, el cual, tieso, afeitado, con su librea azul, flamante, de botonadura de plata, yérguese en el pescante con la tiesura propia de un lord que sale a lucir su tronco por las avenidas de Hyde-Park.

Margarita sacude su cabeza pequeña y altiva, y alanta el busto soberbio para arrojar una mirada desdeñosa sobre aquella multitud elegante acostumbrada a rendirle homenaje como a la reina de los salones porteños. Abre su abanico de plumas con esa gracia discreta que el estudio continuado convierte en segunda naturaleza, arte exquisito, coquetería adorable, irresistible cuando se unen a ella los encantos ingénitos, manto de pedrería que sólo es dado llevar con gentileza a esas mujeres excepcionales que hacen soñar en fantaseo radiante a los artistas visionarios y brotar la sangre a los labios de las bellezas vulgares.

El desfile continúa. Aquel joven atildado, de cara enjuta y mirar insolente, que sonríe y saluda a Margarita con su sombrero lustroso desde lo alto de un factón tirado por costosa yunta de anglo-normandos, es el mismo que noches antes, en pleno baile, tuvo la audacia de dispararle una declaración cabacana, ofreciéndole, junto con su mano, su corazón y sus millones. ¡Su corazón! ¡Ah! no, es muy pequeño para ella! ¡Sus millones! ¡Un corazón grande y apasionado no se compra con todos los millones del mundo! ¡Cuánta ironía se esconde en la inclinación de cabeza con que Margarita responde al saludo del galán desahuciado! Cómo recuerda ella ahora la estupefacción del imbécil al recibir una negativa categórica!

—Servir a usted...

El que se descubre en este momento desde el pescante de un break tirado, como coche fúnebre, por cuatro caballos oscuros, ese vejete de semblante cadavérico, que parece galvanizado por un supremo esfuerzo de la lubricidad que brilla en sus ojos chiquitos y sin pestañas, ese mico pintarrañado, de flor en el ojal y bigote teñido, es nada menos que Leon Bousquet, el bolsista famoso, aquél que después de improvisarse una fortuna colossal en el juego de títulos es fama se complace en ponerla a los pies de todas las bailarinas cuyos floreos de piernas lo gran hacer revivir en su exhausta naturaleza una chispa del fuego perdido en los devaneos de una juventud crapulosa.

Y ese, ese sátiro asqueroso, también tuvo la osadía de decirle que la amaba, cierta vez que excitado por el champagne en los postres de un banquete, se sintió espoleado por el aguijón de su lujuria, despertada ante el escote palpitante de Margarita. ¡Con qué repulsión, con qué asco profundo rechazó el asalto del especulador, y al mismo tiempo, con qué disimulo!

A este lo saluda seria,

Joya antigua

*Junto a la empuñadura hay un tesoro
que la mano protege diligente
mientras al aire juega alegremente
la oscura crin de su caballo moro —*

*Nada hay que turbe su tranquila frente,
nada que descomponga su decoro,
ni los grupos que al verlo forman coro,
ni la actitud de la villana gente.*

*(Piafa gloriosamente su caballo,
en cada esquina párase insolente
y en cada piedra hace brotar un rayo.)*

*Mas pierde el caballero su donaire
ante un balcón que se abre quedamente
y una misiva que atraviesa el aire...*

RAFAEL VALLE.

Guatemala, 1918.

casi instintivamente, pero de manera eficaz a desvanecer la más arraigada esperanza de un triunfo ilusorio. Es un enemigo peligroso, es el rey de la Bolsa...

—Adiós, Margarita.

Una mano fina, pulida, desnuda, cuajada de anillos, se agita bajo la capota de una victoria, y Margarita alcanza a entrever la cara maliciosa y aguda de su amiga Lola, su íntima, su inseparable, su carísima Lola, aquella que más efusivamente la besa en las dos mejillas, y la que más la calumnia, y aborrece, y envidia...

—¡Ah! mundo, mundo! —dice Margarita cerrando su abanico y blandiéndolo como un puñal — a pesar de todo, no has podido impedir que encuentre al ser superior capaz de comprenderme, al...

Se interrumpe. Es preciso seguir saludando. La sociedad exige que se salude mejor al que más se aborrece.

Jóvenes cretinos, encaramados en el lomo de sus caballos de raza, bien altos, bien visibles, como si un destino burlón hubiera querido poner su idiotismo más en evidencia; opulentas cortesanas, muy echadas para atrás con aire triunfante en sus carruajes descubiertos, francas, descaradas en su abyección, desafiando frente a frente a esa sociedad que finge despreciarlas para disimular su propia carcoma, y a la que ellas desprecian con sinceridad, porque es en sus retretes donde van a podrirse por la noche todos esos personajes que ahora pasan por su lado sin mirarlos; advenedizos cuya fortuna de origen oprobioso, es sin embargo la que les abre las puertas doradas del gran mundo; jugadores desenfrenados capaces de arrojar hasta el honor de su nombre sobre el tapete lúcido; damas de tono, muy encopetadas, muy respetadas, muy bien recibidas, pero de cuyos hijos nadie sabría decir a ciencia cierta quién es el padre: todo este muestrario de la corrupción aristocrática y refinada pasa como una

visión carnavalesca ante los ojos de Margarita, cuyos ojos profundos lo ven todo a través del velo hipócrita de las conveniencias, y lo ven todo, porque ese velo se desgarró ante la mirada del talento, y Margarita es una mujer superior.

La noche despliega lentamente sus alas de mariposa, cuajadas de puntos de luz. Viene del bosque un perfume que es como el saludo que las flores todas de Palermo envían a Margarita, invitándola a tomar parte en la fiesta de sus amores, que las sombras protegen ya. Los coches son cada vez más raros. Ya no hay saludos, ya no se ve a diez pasos de distancia, ya puede caer la careta. Margarita aspira con ansia el aire perfumado y estira con fruición deleitosa sus hermosos miembros encogidos por la inmovilidad de una hora. Arroja el sombrero, se suelta el pelo que cae sobre sus espaldas y mejillas como una lluvia de sortijas de oro. De pronto cesa el crujido de la arena bajo las ruedas del cupé que ahora avanza rápido por escondido sendero. Un grito, una exclamación de júbilo intenso se oye entonces. El coche se para. Margarita abre la portezuela, pone su pie de muñeca en el estribo, y cae en los brazos de un joven alto, moreno, enlutado, que la besa en la boca con el calor de los veinte años.

Un farol se ilumina a poca distancia del grupo. Refugiados en la sombra del coche, los dos amantes se estrechan en un abrazo supremo. —Tú, tú sí que eres puro. El beso de tu boca vale más que todos los millones y que todos los oropeles, porque es el beso del amor, de ese sentimiento que sólo existe en el corazón de los poetas... Si, el amor es una estrofa inspirada que en vano pretenderán improvisar esos seres corrompidos que se me cruzan a cada paso en la esfera insignificante a que pertenecemos por mi cuna, no por mi inclinación... Tú eres pobre; sé que tu única fortuna es mi amor y tu lira, pero yo te amo. ¡Cántame una de esas estrofas que tan bien sabes improvisar en honor de tu dama!

El poeta dice un verso. Aquel verso admirable vale más que todo el oro del mundo.

Y Margarita se siente grande, feliz, poderosa; más poderosa que todas las reinas, porque comprende que reinar sobre el corazón de un poeta es reinar sobre el infinito...

Julián MARTEL.

Bozales regeneradores

Después de derrocado el nefasto "régimen" que hasta ha poco tiempo imperara en Mendoza, y cuya liquidación definitiva corrió a cargo de la piqueta demoledora, hábil, pero no muy lucidamente manejada por la intervención federal decretada contra la provincia; y después de la realización del acto comicial, donde resultara triunfante la fórmula del radicalismo, vencedora en un campo opositor perfectamente rastreado de contrincantes, cualquier iluso "Cañizares" habrá creído ingenuamente terminada la tarea regeneradora. ¡Lamentable equivocación! Quedaba aún por agregar la enmienda al soneto, o, en otros términos, el rabo por desollar, y esta operación, acaba de realizarse al representante del poder ejecutivo, doctor Loza, expidiendo un decreto por el cual se nombran tres doctores, especialistas en la materia, a fin de que elaboren un eficaz elemento, con experiencia de ley de imprenta, apropiado para agarrar debidamente el garguero de la gente de pluma que intenta hablar alto; vale decir, para dar el tiro de gracia a los que se propongan patear en caracteres tipográficos.

El úkase de referencia, que antes de partir deja el interventor y que para los mendocinos significa lo que para los feligreses el legado de aquel cura que abandonó el púlpito diciendo: "¡Ahí queda eso!", puede considerarse como una medida netamente previsora y acertada, de muy estimables consecuencias partidistas; y como al que madruga Dios le ayuda, es seguro que la iniciativa oficial habrá conseguido evitar que en las columnas de la prensa mendocina se enrostran a ciertos apóstatas su antigua actuación en las filas del "oprobioso régimen", de cuya fe abjuraron por cálculo utilitario, y se dé a conocer, con mortificantes detalles, la pintoresca narración de algún histórico raid a través de la cordillera andina...

¡Clavado!

—¡Qué especie de hombre es este señor Rebusca?

—Si vos ves en un rincón dos hombres y uno de ellos tiene cara de estúpido, el otro es Rebusca.

Notas escolares



Nuevas maestras egresadas de la Escuela Normal núm. 5: primera fila, sentadas, de izquierda a derecha: C. Campos, M. Accinelli, M. Pozos, M. González, L. Lugano, A. Rivas y G. Esperne; segunda fila: M. García, E. Cortesi, F. Moreno, J. Santiago, directora señora C. G. de Rezzano, E. Guefi, P. Rodríguez, E. Mallo, J. Gilardi; tercera fila, de pie: C. Vásquez, C. Buschiazzi, I. Sfriso, F. Grossi, H. Lavorato, C. Sánchez, L. Guillón, J. de los Ríos, P. Andrieu, V. Gallardelli, E. Raimondi, P. Vieto y E. López; cuarta fila: M. Chalde, E. Daglio, A. Otero, A. Soliva, M. Pertini, L. Esperne, Z. Coda, M. Carelli, R. Stagnaro, N. Galuso, E. Azcue y D. Selhay.



Adolfo Massimino

VICTORIA, 1327 - Bs. Aires

IMPORTACIÓN

TABACOS ELABORADOS

Artículos para fumadores

ESPECIALIDAD EN CIGARROS HOLANDESES Y SUIZOS

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. C. VILA

Especialista en internas y nerviosas. (Corazón, pulmones, estómago, intestinos, vientre, intoxicación de la sangre). Electricidad. Rayos X. Aplica 606 o 914. Canchillo 2158, de 2 a 5, menos los sábados.

TUBERCULOSIS

Curación radical por el suero anti-tuberculoso. Pensiones de varios precios. Sanatorio Inglés. Temperley (F. C. S.) a 20 minutos de Buenos Aires.

DOCTOR ZAMBRINI

Jefe de clínica del servicio de nariz, garganta y oídos del Hospital San Roque.

531 - TUCUMAN - 531

De 1 a 3 p. m.

Dr. RICARDO S. GÓMEZ

Profesor titular de la Facultad de Medicina. — Cirujano jefe del servicio de señoras del Hospital Alvear. — Enfermedades de señoras y cirugía general. — Consultas: de 3 a 5 p. m.

1035 - Bmé. MITRE - 1035

U. T. 4223 (Libertad)

CONSULTORIO DE KINESITERAPIA

ATENDIDO POR

RODOLFO A. COCINI

Electricidad, Gimnasia y Masaje Médico

Gral. URQUIZA, 841 Buenos Aires

U. T. 2264 Mitre



¿Quiere vestirse bien y barato?

Vendo trajes de hombre y señora, nuevos y de poco uso, desde \$ 10.-- hasta \$ 38.-- Catálogo Gratis—ANTONIO PESCHKE; Ismeralia 793, Buenos Aires.

DENTISTAS

J. BONANSEA



Cirujano dentista de las Facultades de Boleña y Buenos Aires. Moreno 990. — U. T. 3689 (Libertad).

COLEGIOS Y ACADEMIAS

COLEGIO ALVEAR

SARMIENTO, 865

Incorporado al nacional
Pupilos desde 7 años

SE REMITE PROSPECTO GRATIS

ARTICULOS UTILES



Rifles de aire comprimido, a municiones, desde \$ 4.90
Linternas eléctricas y pilas, desde \$ 2.--
Navajas de seguridad "Evo Ready", con 12 hojas, desde \$ 4.50
Lapiceras automáticas con depósito de tinta y pluma oro 14 k., desde \$ 3.50

PEDIR CATALOGOS

HUMBERTO F. TOSI - FLORIDA, 255. Buenos Aires

Agencia de "Fray Mocho" en Córdoba

♦ **CASA SANMARTINO** ♦

CALLE SAN MARTIN 263

Demostración



Comensales que asistieron al banquete realizado en el Hotel de Londres, el jueves 7 del corriente, con que fué obsequiado el señor Francisco J. Ibáñez, con motivo de su reciente nombramiento de juez de paz de la sección 4.ª de la capital.—En círculo: el obsequiado.

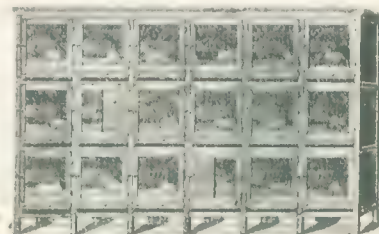
AVICULTURA.—Industrias anexas. Cunicultura

II
Aunque la hembra de cría, al aproximarse la fecha de la parición, forma en el interior del cajón—a que nos referíamos en el artículo sobre este mismo tópico, del número anterior—un nido arrancándose el pelo del bajo-vientre, debe depositarse en la jaula paja o pasto seco, en cantidad prudencial, para que la coneja lo utilice como cama de las crías. Muy celosa la madre de sus hijos, no han de molestarla ni tratar de examinarlos más que lo estrictamente necesario, pues podría fácilmente ocurrir que los abandonase, originándose los perjuicios consiguientes. Los gazapos han de permanecer con la madre alrededor de treinta días, pudiendo a esta edad separarse, para alojarlos en jaulas más amplias, en lotes no muy numerosos, para evitar hacinamientos—siempre inconvenientes,—en los que permanecerán hasta que comiencen a manifestar sus instintos sexuales, lo que suele ocurrir, en los machos especialmente, a los tres meses aproximadamente. Llegado este momento, se impone la separación por sexos, pudiendo vivir en comunidad las hembras, y alejándose los machos, si es posible, en jaulas individuales, con lo que se propicia su buen desarrollo, o sea grupos de reducidas cabezas,—siempre este último procedimiento produce constantes peleas y peligrosas heridas, a medida que los animales van formándose.

En la alimentación del conejo han de predominar siendo la base elementos vegetales, verdas preferiblemente. La alfalfa es muy indicada para ello, pudiendo ser reemplazada por otras forrajeras. Tratándose de sujetos adultos, son bastantes de tres a cuatro raciones diarias, debiendo figurar asimismo en el régimen alimenticio pan seco, del que gustan mucho, como también avena machacada y rebacillo. Los gazapos conviene racionarlos más frecuentemente, siendo aconsejable reducir las cantidades de cada comida a cambio de aumentar el número. Se preconiza, y rinde buenos resultados, el empleo de comederos de formas apropiadas para la distribución de las raciones, con lo que se contribuye

a que las ingieran en buen estado y las desperdicien muy escasamente.

Un punto muy debatido es el que se refiere a la necesidad de dar agua a los conejos: unos opinan afirmativamente y otros creen lo contrario. Todo se reduce, simplemente, a una cuestión de buen sentido. Si en la alimentación figuran abundantes forrajes verdes, puede omitirse proporcionarles agua, puesto que la encuentran en



Un buen modelo de instalación para conejos reproductores.

tales elementos. Si los forrajes se distribuyen secos, es obligado, entonces, darles agua dos veces por día, aunque bueno será consignar que los conejos gustan de ella y la ingieren en cualquiera de los casos. Debemos establecer dos salvedades a este respecto: a los gazapos, antes de cumplir los tres meses, debe vedárseles el agua, pues se ha comprobado que frecuentemente les es perjudicial, debiendo, en cambio, compensarse con pasto verde; a las hembras de cría, desde dos o tres días anteriores a la fecha del parto y hasta transcurridas cuarenta horas, por lo menos, del nacimiento, debe proveérseles de agua, que han de tener constantemente a su alcance, para apagar la sed que experimentan como consecuencia de la fiebre y excitación que sufren, originadas por dicho acto fisiológico.

(Continúa.)

DICK.

Críe conejos y obtendrá provecho!



Si la explotación del conejo común produce utilidad, el cultivo a base de razas puras multiplica considerablemente el rendimiento. Desecho, consecuente, la idea de ser criador del tipo común, y adopte las grandes razas Gigante de Flandes, Gran Normando, Azul de Bélgica o Angora blanco, y se beneficiará. Podemos remitirle soberbios ejemplares, acompañados de un certificado-garantía de su pureza y procedencia de importados, al recibir su orden.

HAGA HOY UN PEDIDO COMO ENSAYO

NUESTRA OFERTA

	Casal	Trío
Conejos Gigantes de Flandes, de 3 meses...	\$ 25.--	\$ 35.--
" " " "	" 50.--	" 65.--
" " Gran Normando, de 3 meses...	22.50	32.50
" " " "	" 45.--	" 60.--
" " Azul de Bélgica, de 3 meses...	25.--	35.--
" " " "	" 50.--	" 65.--
" " sedosos Angora blanco, de 3 meses...	20.--	27.50
" " " "	" 40.--	" 55.--
Para gastos de envío a destino, de 3 meses...	1.50	2.--
" " " "	" 2.--	" 2.50

Pedidos: JUAN BONFILL.—Florida, 425.—Buenos Aires

Para los niños y los grandes

Un terrible enemigo de la humanidad.

EL ALCOHOL

¡Oh! ¡Jamás hubiera creído que fueran tan grandes, tan terribles, los daños que causa el alcohol a la humanidad!

El maestro nos explicó la influencia nefasta del infame veneno, no sólo sobre la salud, produciendo perturbaciones graves hasta llegar a la muerte y pasando por ataques terribles como el "delirium tremens", sino también la que ejerce sobre la inteligencia, la memoria, el juicio, originando, a menudo, el idiotismo y la locura.

El hombre pierde la voluntad, se envilece, cae en la conducta más despreciable, se convierte en objeto de lástima o en el hozmerreir de los demás; hace la desgracia de su familia e influye hasta en la de sus descendientes. El bebedor concluye en la degradación vergonzosa y con frecuencia en el crimen.

—Estos espantosos efectos del alcohol son los más conocidos; pero no son los únicos, ni quizás los más abundantes,—nos dijo después el maestro. Y continuó:—Tal vez el daño mayor es el que sufrimos sin que se nos ocurra atribuírselo al alcohol que ha trabajado el terreno a oscuras, sin dejarse ver, despacito, despacito, pero incesantemente. Es el daño inferido al inmenso número de personas que no pasan por alcoholistas, que no beben jamás hasta embriagarse, pero que absorben todos los días una cantidad de alcohol, al parecer inofensiva, porque no produce efectos visibles inmediatos. Es la copita por la mañana, el vermouth, el terrible ajeno, el guindado o la caña de durazno que prepara la familia, y también el delicado Jerez o el Oporto, tomados como aperitivos; el traguito de coñac, o de licor, que acompañan al té o al café en distintos momentos. Todo eso se suma y en vez de favorecer, como muchos creen, retarda el trabajo digestivo y produce otras perturbaciones en diferentes órganos, que si no siempre son graves, bastan para alterar su buen funcionamiento y para hacer de una persona vigorosa, capaz de resistir a las enfermedades, un ser debilitado; y cuando una dolencia de importancia lo invade, él lucha sin fuerza suficiente, y es vencido. ¿Quién lo mató? ¿El alcohol? No; decimos que fué la nefritis, la neumonía, la fiebre tifoidea, la erisipela, la tuberculosis, la influenza complicada, etc. Pero éstas triunfaron porque el riñón, el hígado, el estómago, el corazón u otro órgano, o más de uno de ellos, andaban mal, alterados de tiempo atrás por el alcohol cobarde y traicionero.

Otras veces no sobreviene la muerte, pero nos vemos obligados, para retardarla, a someternos a un régimen de vida penosa, llena de privaciones y molestias, que hubiéramos evitado absteniéndonos de beber ese veneno lento, pero tenaz y seguro, que es el alcohol.

Sus estragos son más visibles entre la gente pobre porque sólo pueden pagarse bebidas ordinarias y porque entre ellas existen otras causas de debilitamiento: habitación antihigiénica, alimento escaso, trabajo excesivo, etc.

El maestro nos recomendó que leyéramos un libro publicado (1) entre nosotros por el doctor Domingo Cabred, médico argentino progresista, generoso, que ha venido haciendo el bien, creando en diversas regiones, hasta las más lejanas del país, hospitales, sanatorios, asilos para distintas clases de enfermos, y combatiendo, con perseverancia e inteligencia, el alcoholismo y otros males sociales. Y agregó el maestro:

—Más que con palabras y consejos, quiero convencer a ustedes con hechos y datos estadísticos de todas partes, que he reunido tomándolos de libros y revistas científicas.

Nosotros anotamos todo en nuestro cuaderno.

II—El alcohol y la mortalidad

En Glasgow, ciudad de Inglaterra, hubo, entre 1847 y 1849, una gran epidemia de cólera. El doctor Adams, médico, hizo cuidadosas observaciones y estadísticas, comprobando que de cada 100 per-

sonas que bebían alcohol y que fueron atacadas por el cólera, fallecieron 91, en tanto que sólo murieron el 19 por ciento de los no bebedores.

Comprobaciones análogas han hecho y hacen con frecuencia los higienistas de distintos países, confirmando que la mortalidad por tuberculosis, fiebre tifoidea, erisipela y demás enfermedades infecciosas, es muchísimo mayor entre los que acostumburan a tomar alcohol en cualquier forma, sin excluir la cerveza ni el vino.

El doctor Williard Parker, médico norteamericano, dice: "Una tercera parte de todas las muertes habidas en Nueva York son producidas, directa o indirectamente, por el alcohol".

Después de una investigación efectuada en cierto número de hospitales, asilos y hospicios de París, por encargo de la academia de Ciencias, M. Fernet, en la sesión del 21 de noviembre de 1908, informó que el alcoholismo interviene como causa eficaz en un tercio de la mortalidad general; como causa principal y única, en un décimo, y como causa accesorio o coadyuvante, en más de otros dos décimos.

El doctor Landouzy afirma que en los departamentos del Ródano y del Sena, en Francia, sobre 1.000 muertos de tuberculosis, más de la cuarta parte eran bebedores.

El doctor Luciano Jaquet, médico del hospital Santa Ana, de París, expresa: "El alcohol llena la mitad de nuestros manicomios y casi la mitad de nuestras prisiones; el alcohol forma la cuarta y hasta la tercera parte de la mortalidad general, es el productor de la mitad de la tuberculosis que mata anualmente en Francia unas 150.000 personas. Además, el alcoholismo de los padres produce la mitad de la mortalidad infantil.

En Suiza, una estadística hecha reveló que más del 11 por ciento de la mortalidad era originada por el alcohol.

En Francia, en Inglaterra y otros países, se ha observado que las profesiones que dan mayor número de muertos son las de expendedores de bebidas.

En la guerra turco-balcanica se comprobó que la mortalidad entre los heridos turcos era mucho menor que entre los demás. Y es sabido que su religión les prohíbe toda bebida alcohólica.

III—El alcohol, la locura y el suicidio

La inmensa mayoría de alienados del Open-Door de Luján deben la locura al alcohol.

Hace más de medio siglo, cuando todavía no se había generalizado el uso de los aperitivos, ingresaban en los manicomios de París más alienados, ocurriendo ahora todo lo contrario desde que el aperitivo se usa entre los hombres.

En general, en Europa y América aumentó la locura producida por el alcoholismo, alcanzando en muchos países a más del 30 por ciento del total. En cambio, en los países con leyes contra el alcohol, la cifra ha disminuído, como acontece en Suecia, que era hace pocos años de 9 por ciento y en Noruega sólo de 3 por ciento.

La misma influencia del alcohol se ha observado en los suicidios. El doctor Von Oettingen da estos informes: de 28.199 suicidios, en diversos países, 3.562 fueron debidos a la intemperancia.

En Suiza se comprobó que eran más frecuentes en los dos primeros días de la semana, que siguen a los excesos del domingo. En los países antes alcoholizados y hoy temperantes (Suecia y Noruega), de 1821 a 1845 había de 50 a 60 suicidios por cada 100.000 habitantes, y en el período de 1878 a 1889 no pasaron de 10 por 100.000 habitantes.

IV—El alcohol y la criminalidad

Un departamento de Francia que poseía el mayor número de despachos de bebidas en proporción a sus habitantes, resultó ser también el que iba a la cabeza por el número de crímenes y suicidios.

Otra estadística relativa a los delitos reveló que eran producidos por el alcohol, en Francia, el 72 por ciento; en Alemania, el 43; en Inglaterra, el 53; en Suiza, el 75. En Baviera, en 1910, hubo 8.864 personas alcohólicas condenadas, representando el 14 por ciento con respecto al total de criminales. En Inglaterra, en 1917, fueron 187.000 los delitos por embriaguez.

En Austria, de 2006 detenidos, según el doctor

Kostic, director de la prisión de Mitrovica, 1.160 eran alcohólicos, y la mayor parte de los delitos habían sido cometidos los domingos y días de fiesta.

Entretanto, en los países que tienen leyes contra el uso del alcohol, ha bajado la criminalidad lo mismo que la locura. Un hecho expresivo es el siguiente: durante el mes de agosto de 1909 hubo una huelga en Estocolmo, capital de Suecia, y las autoridades resolvieron cerrar las tabernas del 4 al 31 de ese mes. Y bien; los delitos por embriaguez que en agosto de 1908 habían sido 1.469, bajaron a 168; los robos que habían alcanzado a 412, descendieron a 196, y así en los demás delitos.

V—El alcohol hiere a los hijos de los bebedores

Pero la influencia terrible del alcohol va más allá todavía: alcanza a los descendientes de los bebedores.

El doctor Sullivan, del hospital de Liverpool, observó la progenitura de 21 madres dadas a la bebida y de 28 sobrinas, pertenecientes unas y otras a la misma clase social. Las 21 intemperantes, madres, en total, de 125 niños, perdieron 60 antes de cumplir los dos años de edad. En cambio, de los 138 hijos de las otras sólo murieron prematuramente 33.

De 1.000 niños atrasados, idiotas o epilépticos asistidos en el hospital de Foulville (Francia), en 475 casos el padre era alcoholista, en 84 lo era la madre y en 65 lo eran ambos.

Una comisión presidida por el doctor Howe, de Massachusetts (E. U.), indagó los antecedentes de 300 niños idiotas y halló que 145 eran hijos de padres y madres bebedores.

El profesor Demone, de Berna, siguió de cerca la vida de 10 familias de bebedores y 10 de abstemios durante 10 años, y publicó después los resultados.

En las familias de bebedores nacieron 57 niños, de los cuales murieron 25 antes de las seis semanas de edad, 6 fueron idiotas, 5 raquíticos, 5 epilépticos, 5 contrahechos, 1 con el mal de San Vito y sólo 10 sanos.

De las 10 familias de abstemios nacieron 61 niños. De ellos sólo 5 murieron en las seis primeras semanas; no hubo ningún idiota, ni epiléptico, ni raquítico; hubo 4 enfermos, 2 contrahechos y 50 sanos.

El promedio de buena salud fué de 17 por ciento entre los hijos de bebedores y de 81 por ciento entre los de no bebedores.

En Noruega, hace poco más de 80 años, cuando se abusaba del alcohol, morían en el primer año de edad, 300 de cada 1.000 niños nacidos. Ahora, a causa de la ley que ha hecho al país temperante, la mortalidad infantil oscila entre 70 y 80 por 1.000. En Baviera, en cambio, donde se bebe mucho, la mortalidad infantil es de 300 por 1.000.

VI—Rechazo de los alcoholistas

Las fábricas, las empresas de ferrocarriles, los comerciantes y hasta los particulares no quieren a su servicio a quienes son bebedores, y las compañías de seguros cobran primas mayores a los que beben, y no aseguran, absolutamente, a los alcoholistas.

En varias universidades norteamericanas se hicieron averiguaciones y se comprobó que un gran número de asociaciones atléticas, de football, de remo, etc., excluían por sus reglamentos a los que tomaban alcohol, y los más grandes campeones resultaban ser los que se abstendían del alcohol y del tabaco.

VII—El alcohol y la riqueza

Alberto preguntó por qué los gobiernos no prohibían el expendio de bebidas alcohólicas.

—Ya se han tomado en diversos países medidas en ese sentido,—nos dijo el maestro.—En otros se vacila: se dice que prohibir el uso del alcohol como bebida importa privar al Estado de muchos mi-

(1) "La enseñanza antialcohólica en la escuela", por D. Cabred y M. de Toro y Gómez.

GENIO
CIGARROS TOSCANOS
INSUPERABLES
A 10 CENTAVOS



Mientras viene la noche...

Para "Fray Mocho".

*Diáfano el cielo besa el horizonte
A donde lleva su caudal el río,
Sobre las rampas el tupidó monte
Pone su franja de verdor sombrío.*

*Hay una paz beatífica en el ambiente
Como la calma que preludia al sueño,
Cual si hubiera volcado amablemente
El genio de la tarde algún beleño.*

*Monstruo la mente cada islote fragua,
Reflejando sus ágiles figuras
Pasan las aves ras con ras del agua
Y algunas nubes cruzan las alturas.*

*Es la flota del aire peregrina
Que en las sombras apaga su escarlata
Pues la noche de su ánfora divina
Ya vierte en chispas rutilante plata...*

*Negro los ojos como mi honda cuita,
Del claroscuro emerge vagorosa
Una figura pálida, exquisita
Envoltura de un alma luminosa.*

*Y del vago confín llega un sonido,
Como una vibración que se derrama
Desde la misma linde del olvido
Para decir en mis oídos: ¡te ama!*

HORACIO H. SIVORI.

Util y curioso

LOS HELADOS

Reglas higiénicas para su consumo.—Un helado se ha de tomar despacio, porque el frío intenso que produce en la boca impide su rápida deglución. El helado, tomado de esta manera, produce en el estómago una sensación de frío seguida de una reacción notable.

Los mantecados, biscuits glacés, etc., que se acostumbra tomar después de las comidas, acrecientan y excitan las fuerzas del estómago y por esto coadyuvan a la digestión. Sin embargo, si la dosis fuese demasiado abundante, el estómago, refrigerado en exceso, funcionaría mal y se expondría a una indigestión.

En tesis general, se puede decir que los helados constituyen un refresco sano y agradable. Pero no se puede decir lo mismo de un vaso de agua helada. Prestándose por su forma líquida a una ingestión rápida, produce una subtracción instantánea de calor, perjudicial para el organismo, o cuando menos, perturbadora de la digestión.

INSOMNIOS

Causas.—Sería útil investigar si media algunas de las causas siguientes, antes de recurrir a los hipnóticos habituales.

Ante todo el trabajo digestivo. Es necesario dejar que transcurra cierto tiempo entre la cena y el momento de acostarse. El estómago no ha de estar ni enteramente vacío ni ocupado en una digestión demasiado activa. Es necesario acostarse unas cuatro horas después de haber cenado.

Si se espera más tiempo en acostarse, será bueno tomar un vaso de leche, un bizcocho, u otro alimento ligero. Todos aquellos que tienen digestiones laboriosas deben contentarse con una cena ligera o pasear antes de irse a la cama.

El trabajo cerebral no es menos perjudicial para el sueño. Conviene evitar toda fatiga intelectual demasiado intensa por la noche, o cuando menos dejar a la circulación cerebral el tiempo suficiente para que recobre su normal equilibrio, antes de la hora de acostarse.

El insomnio, llamado por los franceses tabagique (o debido al tabaco), es también frecuente; se caracteriza por el hecho de que no impide al individuo el dormirse, sino que hace el sueño ligero y de fácil turbación. Un exceso de tabaco deja al fumador en un estado de irritabilidad, que impide todo reposo. En tal caso, para suprimir la causa del insomnio basta, naturalmente, limitar el número de cigarros que se fumen por la noche.

Remedios.—El doctor Huxley aconseja el siguiente extraño método para combatir el insomnio:

En lugar de emplear los hipnóticos conocidos, se puede disminuir la cantidad de oxígeno que afluye a la sangre, determinando una especie de asfixia ligera con sólo limitar la cantidad de aire de los pulmones; el corazón y la circulación se calmarán, el cerebro no tendrá ya su estimulante, y como natural consecuencia, vendrá el sueño. Cuando se pase una noche de insomnio, resultará útil, según el citado profesor, el cubrirse la cabeza con la sábana

y respirar el aire confinado en el pequeño espacio resultante; quedará reducida la dosis de oxígeno excitante y sobrevendrá el sueño. Este procedimiento, según él, no ofrece ningún peligro, pues apenas dormidos se puede asegurar que apartaremos la ropa que nos cubre y respiraremos libremente sin despertarnos.

Recientemente el señor Schmidt ha propuesto contra el insomnio de origen nervioso el empleo de una infusión de raíz de valeriana (una cucharada de raíz por un vaso de agua), tomando 1 o 2 tazas antes de acostarse, por la noche, reforzando en caso indispensable la acción somnifera con un poco de bromuro potásico.

Según un periódico inglés de medicina, es buen remedio el mojar una toalla con agua fría, doblarla por la mitad y aplicarla en la nuca y desde una oreja a la otra, dejándola escurrir a lo largo de la columna vertebral; se repite varias veces la operación, mojando de nuevo la toalla. El efecto es rápido; los nervios se calman, se refresca la cabeza y se consigue un sueño pronto y reparador, mejor que con el empleo de los narcóticos.

Flores naturales

Para componer un ramo.—Las flores más raras y de mayor tamaño se colocan en el centro, luego vienen las medianas, escalonadas y finalmente las más pequeñas, que adornan la parte exterior. Los colores se combinan como sigue: se aproximan al amarillo claro, el color de carne, el azul y el blanco, con el rojo escarlata, el color de rosa, el anaranjado y el blanco con el violeta; el verde oscuro con las tintas claras; el verde claro con los tonos oscuros. Evítese el poner juntos los colores principales, como el amarillo fuerte, el carmín y el azul.

Conservación.—Las flores se han de cortar con un cuchillo bien afilado y no con unas tijeras o rompiéndolas. Se ponen en seguida en agua clara, que se cambiará cada día; al tiempo de mudar el agua, se cortará un pedacito del pedúnculo. Para transportar flores frescas, es conveniente envolverlas en musgo húmedo.

En las habitaciones.—Se aconseja no tener en los dormitorios ni plantas ni flores. La superficie húmeda de los pétalos es un terreno de cultivo para muchas especies de micro-organismos, los cuales, con el calor del ambiente, se desarrollan rápidamente.

Las flores olorosas son perjudiciales para el sistema nervioso, en especial durante el sueño; además, al cabo de muy poco tiempo, el agua en la cual están sumergidos sus tallos, se convierte en un verdadero foco de infección.

Embalaje.—Para el transporte de flores en verano se emplean de ordinario cajas de madera, de paredes delgadas. Es una buena precaución el tener dichas cajas sumergidas en agua durante una hora, antes de colocar en ellas las flores; de otro modo éstas cederían a la madera parte de su humedad y llegaría a su destino casi muertas. El interior de la caja se puede revestir de algodón en rama.

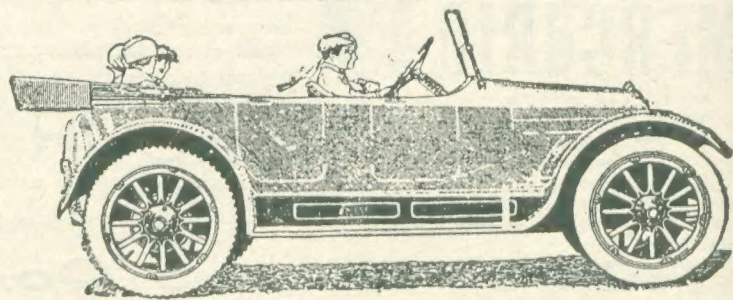
Overland

\$ 3250^{m/n.}

ESTILO, CONFORT y ECONOMÍA

son los rasgos característicos de todos los Modelos OVERLAND, y que se destacan en el Modelo 90, el cual está indiscutiblemente considerado en los Estados Unidos el mejor coche de su precio.

Cuatro Cilindros - Cinco Asientos
Arranque y Alumbrado Eléctricos
:: Magneto de Alta Tensión. ::



"Modelo 90"

P. A. HARDCASTLE

Plaza Mayo - Pasaje Overland - Bs. Aires



Notas femeninas

Para la playa

Trataremos hoy en nuestra crónica del interesante capítulo de los trajes especiales para la playa. ¿Qué es lo que se lleva? ¿Cuál es la hechura de moda? ¿Se llevan más los grandes sombreros, o son los de tamaño regulares los que tienen la preferencia? Muchas preguntas son éstas, pero vamos por partes y empecemos por examinar cuáles son los géneros más apropiados para confeccionar estos tailleurs, que lucen las elegantes en las espléndidas playas de moda de Mar del Plata, Necochea, Ramírez y Pocitos.

Como estamos en pleno verano, es natural que estos clásicos tailleurs se dividan en tres categorías: unos, serán hechos en precioso shantung de seda, en todos los colores; otros, serán en toile de hilo o de algodón de tonos claros, predominando los blancos, azules, rosa y tonos desvanecidos; y los últimos son los que se confeccionan en lindas y sedosas sargas, jersey de lana, etcétera, en tonos oscuros o neutros. La gama de los grises y marrón son los que más gustan. Los

tonos azul, desde el más obscuro hasta el azul de France, son siempre los que más agradan, pues a mi parecer, creo que no existe otro color que más favorezca y sea más elegante, empleado en un traje tailleur por sencillo que sea. Los adornos de estos trajes son, casi todos ellos, bien unos bordados de lana en diferentes tonos, o bien pespuntos originales en tonos opuestos al del género y, en fin, el soutache en el mismo tono, o "ton sur ton".

Pasemos ahora a las hechuras. Casi no han cambiado; únicamente la amplitud ha disminuido bastante, lo suficiente, sin embargo, para hacernos recordar las fastidiosas modas de los "entravés". Felizmente la moda no ha extremado la nota, y fijándose bien se ven las faldas algo apretadas abajo. Son un poquito más largas que antes, lo que hace aparecer a las señoras más sensatas, más señoras y no como chiquilinas, como hasta ahora se las veía por las calles, paseos, etc.; lo que era una ridiculez eso de confundirlas con una niña, pues soy de opinión que una señora, por más joven que sea, no debe ir vestida como una niña casadera. ¡Por Dios, amables lectoras mías!, dejen al César lo que es del César, o, mejor dicho, dejen a las niñas sus modas y no traten de usurparlas sus adornos, pues en las modas reservadas exclusivamente para señoras hay tantas y tan múltiples creaciones, que no cuesta trabajo elegir en ellas lo que servirá para realzar vuestros naturales encantos.

Los tres modelos de tailleurs que se incluyen en esta crónica son una prueba de lo elegante que pueden ser, hechos cada cual con género distinto. El primero es un sencillo tailleur en shantung gris pizarra, adornado con unos motivos de lana de color. El segundo es en "toile", azul para la



falda plegada y blanco para el saco, con bieses y cuello azul. El tercero es en jersey de lana color arena, con adornos de soutache en un tono azul fuerte y borlas de seda azul a los extremos del cinturón que va anudado adelante.

En cuestión de sombreros las diré que se usan un poco de todo: grandes y chicos; pero los sombreros chicos y muy altos, con copas muy drapeadas, sin otro adorno más que el "chic" y el "cachet" de originalidad dado por la mano maestra de la modista, son y serán los preferidos para la próxima estación.

Para acompañar al traje de sport, el antiguo polo, igual al "sweater", está destronado por la boina tejida con gruesa lana y una abultada borla arriba de la copa. Este mismo modelo se hace también en gruesa paja, pero lo encuentro menos chic, siendo, sin embargo, más práctico que los primeros para los días de mucho calor. Los adornos tejidos en lana gruesa están en gran favor para los sombreros de sport y de playa, bien sean en forma de

cadena, torzadas, bellotas y pompones.

También se ven bastantes gorros chinos en satén negro, y sobre el sombrero fondo se alzan gruesas rosas recortadas dentro de una aeda flexible, en tono fuerte y reaplicadas por medio de un punto de festón hecho con un hilo de metal, cosido con un punto de Boulogne.

Baños naturales, baños de mar.—Los "baños naturales", es decir, los "baños fríos de río" y los "baños de mar", sólo deben tomarse con muchas precauciones.

Su acción en el sistema nervioso y en el organismo es muy violenta, y si bien es eficaz para algunos temperamentos vigorosos, puede ser muy perjudicial a las naturalezas delicadas, nerviosas, a los artríticos y a los cardíacos.

No entréis en el río o en el mar sino tres horas después de la comida. En otros términos, procurad, antes de tomar un baño natural, tener el estómago completamente libre. Sólo a ese precio evitaréis las congestiones.

Oo os olvidéis de los efectos del baño de mar. Sólo la proximidad al mar es, a causa del viento, de las mareas, del aire salino, extremadamente enervante.

A poco excitable que sean vuestras naturalezas, a la orilla del mar estaréis expuestas a incesantes irritaciones. Por eso las playas más buscadas son las que, como las playas normandas, ofrecen a proximidad la calma y el espectáculo apaciguador de la campiña.

No prolonguéis más de diez minutos el baño de mar. Si sabéis nadar, podéis estar hasta un cuarto de hora sobre las olas.

Un baño más largo puede ocasionaros insomnios, pesadillas y hasta convulsiones, a poco nerviosa que sea vuestra naturaleza.

Al salir del agua, cubriros con una capa de lana o de tejido esponjoso, y corred a refugiarnos en la caseta en donde os aguarda el baño caliente de pies y el clásico cordón.

Hacedos friccionar enérgicamente por una mano experta que no cesa su operación sino cuando nota, en el tono rosado de vuestra piel, que la circulación circula con igual actividad por todas partes.

Al salir del baño es cuando con más cuidado debéis proceder a la protección de la epidermis.

A. DE DAUMONT.



Avisos ilustrados



Lázaro Costa

Carruajes, Autos y Pompas Fúnebres

Casa Central:
CALLAO esq. SANTA FE
Unión Telefónica 1778, Juncaí

RIOJA 280
entre Alsina y Moreno
Unión Telef. 23 y 46, Mitre
Cooperativa Tele. 125, Oeste



En cualquier momento, noche o día, sin preparación previa, en 10 minutos un baño caliente por el

Auto-Calentador "CELESTIAL"
¿Qué regalo mejor puede usted hacer a su familia?

Solicite catálogo. **D. MÁRTIRI**

Buenos Aires — GALLO 350 — U. Telef. 1503, Mitre
Reforma y arreglo de cualquier otro sistema.



BRONCERIA — FUNDICION DE METALES Y FABRICA DE ARTICULOS METALICOS

PARA
MILITARES-TALABARTERIAS
CARRUAJES - AUTOMOVILES

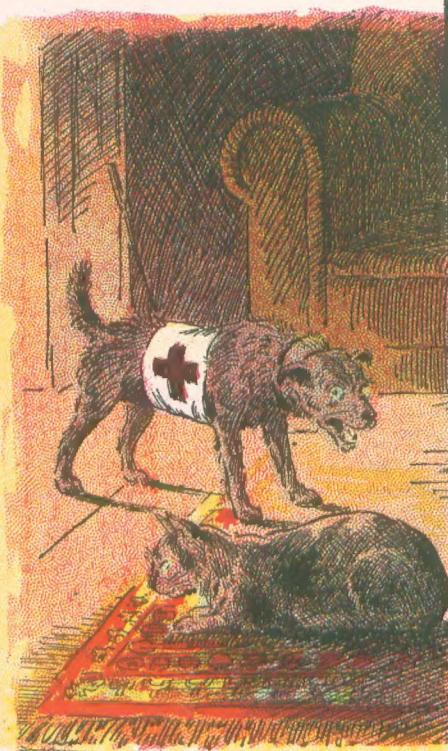
Espadas para Oficiales del Ejército y Marina, Espadines para Comisarios y Oficiales de Policía, Floretes y Cuchillos.

COMPOSTURAS Y REPARACIONES DE LAS MISMAS

Exclusivo Fabricante de las Velas y Palmatorias Metálicas a Nafta, sistema patentado N.º 12098 por el Superior Gobierno Nacional.

Especialidad en fabricación de: Faroles para Carruajes, Automóviles y Parabrisas de todas formas

J. Francisco Irigaray
2376 - BELORANO - 2378
Unión Telef. 154, Mitre



El perro de la Cruz Roja.—Tienes siete vidas y no eres capaz de sacrificar una a tu patria.

Señora!
Lavar la ropa
en casa es
un placer
empleando

**POLVO DE JABON
"INVICTA"**

En venta en todos los Almacenes.

WALLER de GRABADOS
SELLOS de GOMA

NOMENCLATURAS
PLANCHAS de BRONCE

FABRICA DE CHAPAS ESMALTADAS

BARALE Hnos

MAIPÚ 113
U. T. 6370, Avenida

J. S. BARALE - Sucesor

JOSÉ M. MORENO 549
U. T. 877, Flores

Preserve la tapicería de su automóvil. Tarde o temprano tendrá que ponerle una funda. Es preferible que la coloque antes de que se le gaste el cuero.

Nosotros somos los fabricantes más importantes de fundas, capotas y cortinas, para toda clase de automóviles.



JESÚS FERNÁNDEZ & Hnos.
ALSINA 1368 - BUENOS AIRES

La polilla

se destruye rápidamente con

NOVAINA

Caja con 6 estuches \$ 2.- m/n.

Pedidos a:

F. RELLER - Malpú 440, Bs. Aires

FRAY MOCHO

SE PUBLICA
LOS JUEVES

Oficina: BOLIVAR 580
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Exterior	En el Interior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre \$ oro 2.00	Trimestre. . \$ 3.00
Semestre . . . 5.00	Semestre. " " 4.00	Semestre. . . 6.00
Año 9.00	Año 8.00	Año. 11.00
N.º suelto. . 20 cts.		N.º suelto. . 25 cts.
N.º atrasado. 40 "		N.º atrasado. 50 "

Dirección y Administración: Unión Telefónica, 184 (Avenida)

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

